

Gino lafrancesco (1951-2017)
In Memoriam



Aprendiendo de Cristo

Por la bendita gracia de nuestro Dios y Padre, iniciamos un nuevo año, agradecidos por la fidelidad del Señor, quien por medio de su Santo Espíritu nos sostiene en la batalla, nos alienta en la carrera, y sigue avivando el fuego de esta fe viva que él mismo encendió en nuestros corazones.

Fue muy sentida en Latinoamérica la repentina partida a la presencia del Señor de nuestro amado hermano Gino lafrancesco, en noviembre recién pasado. En el año 2004 le conocimos en Chile, cuando nos visitó por primera vez. Él sirvió fielmente al Señor, compartiendo acerca de las inescrutables riquezas de Cristo. Confiamos en el fiel Consolador, el Espíritu Santo, que confortará los corazones de su familia, de sus colaboradores más cercanos, y de todos aquellos que hemos sido bendecidos con su rico ministerio.

Ante el desafío que tenemos como siervos y siervas del Señor, de ser un testimonio vivo a nuestra generación, nos encomendamos a él, para que, instruidos por sus sabias palabras, podamos cumplir la gran comisión. Los apóstoles aprendieron a predicar el evangelio mirando al Señor Jesús; junto con conocerle, también aprendieron la forma, tan espontánea y sensible a cada necesidad, con la cual el Señor llegaba al corazón de los hombres.

Las circunstancias han cambiado, pero el Señor es el mismo, y su poder para salvar al más perdido de los pecadores está vigente. Solo se necesita que los siervos de hoy estemos rendidos a Sus pies, antes de salir a entregar las buenas nuevas en el poder de Su fuerza.

Jesús fue contado con los pecadores para que tú fueses contado con sus santos en la gloria eterna.

Contado con los pecadores

Henry Law

"...y estuvo allí en la cárcel" (Gén. 39:20).

La prisión es un lugar humillante y vergonzoso. Los que llegan a ella están acusados de algún crimen o esperando el cumplimiento de la severa ley. Su solo nombre nos recuerda la infamia y la muerte. Los reclusos son malhechores conocidos, o sospechosos de algún crimen, a quienes la sociedad rechaza. Su nombre está manchado. Son como hierbas malas que hay que arrancar, o como una plaga de la que hay que huir.

Pero, ¿quién es el prisionero que hallamos en la celda que citamos arriba? Esas paredes indignas encierran a un hombre inocente. Es el irreprochable José, que sin haber ofendido, es considerado como ofensor, y, sin haber transgredido, es tenido por transgresor.

La voz de Jesús

El deleite que proporcionan las Escrituras, y su aliento santificador, pro-

vienen de que la voz de Jesús se deja oír en cada página, y su imagen se percibe a cada instante. Hay un ejemplo bien claro en esta escena en la prisión. José, acusado injustamente, prefigura a Jesús, que siendo santo fue hecho pecado por nosotros. El mismo cielo no es un trono bastante digno para Él, y, sin embargo, le vemos con los harapos de la prisión, y sufriendo la vergüenza de ese lugar inicuo. Por eso el Espíritu dice: *«Por cárcel y por juicio fue quitado».*

Al considerar esta verdad debemos hacernos una asombrosa pregunta: ¿Por quién estaba Jesús en la prisión?

La respuesta es tan extraordinaria que hay que meditarla con frecuencia: Jesús estaba en la prisión por la justicia de Dios. Pero, ¿por qué? ¿Acaso tenía alguna mancha en su vida? Pensar esto sería una blasfemia. Debemos rechazar esto. La esencia de su ser es la santidad. Su nacimiento

fue santo. Su vida fue santa. Su muerte fue santa. Resucitó como un santo vencedor, y ascendió en la santidad de su triunfo. El cetro de su eterno reino es la santidad.

El sustituto

¿Cómo, entonces, pudo la Justicia hacerlo su prisionero? La causa fue que, aunque no había sombra de pecado en él, tuvo que sobrellevar infinidad de pecados. Él estaba completamente apartado de ofender a Dios, no obstante tuvo que comparecer ante él cargado con las transgresiones de una multitud innumerable.

Ésta es la divina gracia de Dios: consentir en quitar la culpa del culpable y transferirla al inocente. Los pecados de los transgresores pasan a su Hijo, que no tiene pecado.

Esto es maravilloso y cierto al mismo tiempo: *«Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros»*. Por consiguiente, Jesús es la garantía de que nuestro pecado fue perdonado.

A causa de esta sustitución, Cristo aparece desfigurado por la inmensidad de nuestra culpa. De hecho, es tratado y considerado como el autor de cada acción maligna, o palabras y pensamientos inicuos que ensuciarían a los redimidos. Por ello podemos comprender bien la agonía de estas palabras: *«Me han alcanzado mis maldades... se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza»*.

Jesús toma sobre sí mismo esta odiosa carga, y al hallarle la Justicia con ella, le reclama como su prisionero.

¿Has participado, por fe, alma mía, de Cristo? Si es así, puedes descansar sin temor. Jesús rompe las cadenas que te ataban al infierno; se hunde en las aguas sucias de tu pecado para que quedes limpio de toda mancha, y se convierte en tu iniquidad para que tú seas justicia de Dios en él.

Si no se ve en Jesús nuestro único sustituto y garantía, la Biblia será un libro cerrado; la historia de la cruz, algo incomprensible, y la paz, una delicia inalcanzable.

¡Cómo cambia todo cuando recibimos esta revelación! Es entonces cuando la justicia brilla con toda su gloria, y la gracia con todo su esplendor. Es entonces cuando la misericordia muestra su triunfo, y la salvación su gran riqueza. El evangelio resuena, entonces, como una clara trompeta: *«He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo»*.

Dos malhechores

Sin embargo, en aquella prisión egipcia no vemos solo un ejemplo del inocente Jesús cargado con nuestra culpa. En aquel lugar se lleva a cabo un intercambio que nos ayuda a comprender mejor las riquezas de la gracia. Había allí junto con José, dos malhechores de no poca importancia. Humanamente, no hay diferencia

José, acusado injustamente, prefigura a Jesús, que siendo santo fue hecho pecado por nosotros.

entre los dos, y tanto el uno como el otro esperan recibir el mismo fin. No obstante, sus caminos pronto se separan, y mientras que uno asciende por la senda de la honra, el otro queda preso, esperando la muerte.

En esta historia vemos ejemplos que predicen las maravillas de la cruz. Cuando la soberbia del hombre y la astucia de Satanás parece que van a triunfar, Jesús es llevado como un cordero al matadero, y sucede algo que viene a colmar la copa del insulto: dos delincuentes le son asignados como compañeros en su última hora.

Esta maniobra para degradarle con tanta infamia, no hace sino confirmar que él es la Verdad. Las Escrituras habían profetizado: «*Fue contado con los pecadores*», y esto era su cumplimiento. Cristo queda crucificado entre dos ladrones.

Remisión de pecados

Veamos los rasgos paralelos de aquellos dos acontecimientos. Primero nos detenemos en el Calvario, y allí vemos tres cruces levantadas en alto. Jesús está en el medio. Quisiera su-

plicarte, lector, que vinieras con frecuencia a este lugar bendito. La cruz es el precio pagado por la redención de un número incalculable de almas. Es la gloria de Dios en las alturas.

La remisión de los pecados es imposible de obtener sin este sacrificio. La vida eterna es inalcanzable sin haberse lavado antes en esta fuente regeneradora. Ésta es la única manera de entrar en el cielo.

El sufrimiento de Jesús tiene por objeto arrebatar el cetro de las manos de Satanás, destruir el imperio de las tinieblas, y hacer que cada atributo del Señor sea una garantía de nuestra salvación. Debemos anunciar por todo el mundo que cualquier religión que no se gloríe en la sangre del Cordero no es más que una oscura superstición. La única esperanza que puede subsistir es aquella que se funda en la sangre derramada.

Un cambio radical

Los hombres que sufren el tormento a ambos lados de Cristo parecen tan endurecidos como los clavos que les atraviesan. Pero, repentinamente, se produce un cambio tan profundo en uno de ellos, que de las tinieblas pasa a la luz, del odio al amor y de muerte a vida. En su profunda transformación, él llega a aborrecer el pecado que antes acariciara. Ahora confiesa su enorme iniquidad y profesa temer al Dios que antes ridiculizaba.

Pero, ¿de dónde procede este cambio tan radical de sus sentimientos? No es fruto de las circunstancias externas, porque éstas son iguales para ambos malhechores. La realidad es que solo uno de ellos recibe la luz. Esto solo lo puede producir un poder invisible que, penetrando en lo hondo de su corazón, aplaste todo espíritu maligno.

Solo el Espíritu del Altísimo puede redargüir de pecado. Sin él, los actos externos de pruebas, aflicción, dolor, sufrimiento o avisos no podrían abrir los ojos ciegos. Cuando una conciencia llega a clamar: «Señor, soy vil, me aborrezco», es porque el Todopoderoso ha hecho que ese ser rebelde doble sus rodillas ante Él.

Pero todavía hay más. Un hombre contempla a Jesús con confianza. Para aquella turba, Cristo parecía «gusano, y no hombre». Y sin embargo, a través de aquella pobreza humana, a través de aquel disfraz sangriento e infame, la fe puede ver al Rey de reyes, al vencedor de Satanás y al divino Libertador.

La afrentosa cruz se ve entonces como el trono glorioso de la Deidad hecha carne. Esto es otro ejemplo de la poderosa obra del Espíritu. Solo él puede revelar a Jesús en un alma. Cuando él habla, Aquel que antes era despreciado y desechado entre los hombres, pasa a ser adorado y amado, señalado entre diez mil, codicia-

ble y dispensador de la gracia de la salvación.

Sin embargo esto no es todo, porque aunque un hombre confiese su pecado, puede perderse igualmente. Tal fue el caso de Judas. Una persona puede jactarse de conocer a Dios intelectualmente, y a pesar de ello no llegar nunca a obtener la vida eterna. Los demonios se encuentran en esta situación.

Unión con Cristo

Para disfrutar de los beneficios que manan de Cristo hay que poseer una unión personal con él. Cuando el alma se da cuenta de su inmensa necesidad, y ve que solo Cristo puede remediarla, nada puede impedirle que vaya a él. El poder que recibe le hace romper cadenas, salvar océanos, escalar grandes obstáculos y no descansar hasta hallarse en sus protectores brazos. Aquel ladrón moribundo pasó por esta misma experiencia, y por eso clamó: «*Acuérdate de mí...*». Sí, voy a morir pero tú puedes salvarme; las llamas del infierno casi me rodean ya, pero tú puedes rescatarme. Señor, «*acuérdate de mí*».

¿Crees, lector, que tu necesidad espiritual es, por ventura, menor? No. En realidad es más grande de lo que imaginas. Las cosas infinitas no se pueden comparar. ¿Acaso piensas que la dicha que has perdido no es tan preciosa como la de aquel hom-

bre? ¿Es que tu eternidad es menos eterna que la suya? Esto es imposible. Por lo tanto, debo preguntarte si tú has clamado con igual intensidad: «*Acuérdate de mí*». ¡Qué feliz será el alma que busca así al Señor! El cielo será su infinita recompensa, y el gozo será suyo para siempre.

Así fue para el ladrón, y así será siempre. Cristo le amó y su palabra surgió pronta: «*Hoy estarás conmigo en el paraíso*». La promesa no deja lugar a dudas ni demoras. Cuando un pecador gime, Cristo se compadece. Cuando un pecador ora, Cristo responde. La petición fue: «*Acuérdate*», y la respuesta vino rápida: «*Estarás conmigo*». ¡Bendito dolor! ¡Bendita fe! ¡Bendita oración! ¡Bendita gracia! Señor, tú eres digno de llamarte Salvador, y de reinar en mi corazón. Eres digno de ser anunciado en todo el orbe, eres digno de eterna alabanza.

Un llamado

Pudiera ser que me esté leyendo alguien que, durante muchos años de pecado e incredulidad, se ha tambaleado al borde del precipicio de la perdición. Pero todavía vives; y Cristo también vive; y el Espíritu sigue lleno de la misma ternura y poder para salvar. Por lo tanto, aún hay esperanza. La puerta no se ha cerrado del todo. Aquel ladrón se apresuró y, en el último momento, halló gracia. Tuvo

una oportunidad única, supo aprovecharla, y ahora está con Cristo. ¿Qué vas a hacer tú? ¿Prefieres permanecer inmóvil y perecer así?

Pero pudiera ocurrir que Satanás, el padre de mentira, haga la sugerencia de que a la hora de la muerte habrá tiempo para arrepentirse, para creer e implorar misericordia. No lo creas. Tenemos el ejemplo del otro ladrón. Su terrible agonía le endureció aún más. El infierno estaba cerca, es cierto, pero ni lo podía ver, ni lo temía, ni lo podía evitar. Y ahora, desde aquel lago de fuego, nos avisa que la muerte, que se acerca con paso seguro y mano firme, no puede cambiar el corazón ni engendrar fe.

Sin embargo, prefiero pensar que ya has bebido la copa de la vida, y, si es así, eres totalmente diferente de lo que eras antes. Con gratitud deberás reconocer que esa diferencia proviene de aquel Amor soberano que te miró con amor y por su gracia te conquistó. Por el poder del pecado eras lo que eras; pero ahora, por la gracia de Dios, eres lo que eres. El pecado hacía que te contases entre los pecadores. Pero los propósitos y el amor eterno de Dios proveyeron la salvación por medio de Uno que es todopoderoso. Jesús fue contado con los pecadores para que tú fueses contado con sus santos en la gloria eterna.

De El Evangelio en el Génesis

TEMA DE PORTADA

El doble significado de la palabra profética anunciada en el libro de Isaías.



Sufrimiento y gloria

Romeu Bornelli



Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos”.

— 1 Ped. 1:10-11.

El testimonio de Jesús

Todo lo que los profetas del Antiguo Testamento anunciaron tiene que ver con la persona y la obra del Señor Jesús. Pedro nos dice que los profetas «*inquirieron e indagaron acerca de esta salvación*», o sea, todo lo que ellos hablaron apunta a esta obra de salvación.

Pedro continua diciendo que a estos profetas les fue revelado que ellos profetizaron, no para sí mismos, sino para nosotros. ¿Cuál era el asunto de su profecía? Los sufrimientos de Cristo, y las glorias que les seguirían. Esta es una clave muy importante. Este es el tema de la primera epístola de Pedro.

Los profetas miraban la venida de Cristo de lejos, y veían apenas un monte. Al mirar de lejos solo se ve un monte, pero al acercarnos vemos que son dos montes, uno detrás del otro, con un gran intervalo entre ambos. Estas son la primera y la segunda venida del Señor. La primera venida tiene un enfoque particular en su sufrimiento; la segunda está centrada en su gloria.

Isaías tal vez no podía comprender. Por eso, en un momento, él habla de los sufrimientos de Cristo y, a renglón seguido habla de la gloria del Mesías. ¿Cómo estas dos cosas pueden ir juntas? ¿El Mesías viene a sufrir, o viene a reinar? ¿Es el Mesías sufriente, o el Mesías glorioso?

Isaías no comprendía; pero al llegar al tiempo de los evangelios, todo se vuelve claro. El Verbo de Dios, el Hijo de Dios, fue hecho carne, y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad. *«No he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo»* (Juan 12:47). Él no vino inicialmente a reinar, sino a sufrir. Sin embargo, él vendrá de nuevo, y todo el universo verá su gloria.

En su primera venida, él fue el Cordero de Dios, en sus sufrimientos; hoy es el Cordero exaltado en el trono de Dios. Pedro dice que los profetas no sabían; ellos indagaron e inquirieron, porque no profetizaron

para sí mismos y ni siquiera para aquella generación. Ellos profetizaron las cosas de la salvación reveladas a nosotros.

«...cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles» (1 Pedro 1:12). En el griego original, la palabra mirar es escudriñar, examinar cuidadosamente. Esta salvación es tan maravillosa, que aun los ángeles anhelan escrutarla. En el tabernáculo, en el Lugar Santísimo, sobre el arca del pacto, había dos querubines frente a frente; pero ellos no se miraban uno al otro, sino que tenían sus rostros inclinados hacia el propiciatorio, donde el sumo sacerdote depositaba la sangre.

La propiciación del Redentor, la salvación de Dios, la obra de Cristo, el valor de la sangre de Cristo, son cosas tan extraordinarias y tan profundas, que los ángeles anhelan escrutar. Si un querubín miraba al rostro del otro, estaría viendo su propia gloria.

Isaías y la salvación del Señor

¿Cuál es el tema de Isaías? Isaías significa «la salvación del Señor». Por eso, en los cinco libros de los profetas mayores, Isaías es el libro clave, aquel que contiene la base, el fundamento y la esencia. Su propio nombre significa salvación, e Isaías, como ningún otro profeta, es aquel

que habla de los sufrimientos y de las glorias de Cristo.

La división de la Biblia en capítulos no es parte del texto inspirado; fue hecha mucho después del Canon. Pero hay algo interesante en Isaías. Éste tiene 66 capítulos, y la Biblia tiene 66 libros. Y no solo eso, los 39 primeros capítulos de Isaías subrayan la justicia de Dios (Antiguo Testamento) y los 27 capítulos finales enfatizan el amor de Dios (Nuevo Testamento).

Al iniciar la sección de Isaías sobre el amor de Dios, leemos: «*Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios*» (40:3). Son las palabras de Juan el Bautista, aquel que abre los evangelios, anunciando al Mesías.

Los capítulos 40 al 66 se relacionan con los 27 libros del Nuevo Testamento, enfatizando el amor de Dios. De ellos, Isaías 53 es el capítulo central. No hay otro lugar en la Biblia, en donde el evangelio sea anunciado tan claramente como en el capítulo 53 de Isaías.

Este capítulo, tan conocido por todos, ha llevado a que las rodillas de siervos y siervas se doblen durante veinte siglos. Aquel que fue subiendo como un renuevo delante del Señor, sin apariencia ni hermosura,

sin belleza que nos agradase, el Cordero de Dios, aquel que fue como un cordero mudo delante de sus trasquiladores, aquel que no abrió su boca, aquel que llevó todas nuestras iniquidades, varón de dolores, experimentado en quebranto. ¡Qué maravillosas palabras!

Isaías 53 es el capítulo de la Cruz; él está en el centro de esta sección del amor de Dios. ¿Dónde podemos ver el amor de Dios en plenitud? No en los cielos, ni en la tierra, sino en el Gólgota. La Cruz es la expresión máxima del amor de Dios. Como dijimos, la primera sección enfatiza la justicia de Dios; y la segunda, el amor de Dios. Mas, la cruz es la expresión máxima de la justicia de Dios y del amor de Dios. En la cruz del Calvario, «*la justicia y la paz se besaron*» (Sal. 85:10). ¡Qué maravilloso!

Las visiones de Isaías

En Isaías capítulo 5, los versículos 8, 11, 18, 20, 21 y 22, todos ellos expresan un ¡Ay!, de distintas maneras. Al llegar al capítulo 6, éste es un punto de inflexión en la vida y el ministerio de Isaías. Si Dios lo usará de manera clara y poderosa, Isaías necesita al menos de cuatro visiones. La primera y más importante es: «*Vi yo al Señor*» (6:1). Nadie puede ser de alguna utilidad para el Señor,

si no ha visto quién es el Señor. La visión de aquella gloria es imprescindible. Isaías tuvo esta visión «*en el año que murió el rey Uzías*».

Uzías ejerció un buen gobierno, pero hizo algo inadecuado: él quemó incienso en el santuario, aunque ésta era tarea de los sacerdotes. De inmediato Uzías recibe la lepra en su frente. La lepra, en la Biblia, no solo es un tipo del pecado, sino también de la rebelión. Cuando Miriam se levantó contra Moisés, quedó leprosa. La lepra nos habla de la rebelión del pecado.

En esa hora tan triste, Uzías tuvo que ser dejado de lado, permaneciendo leproso hasta su muerte. Su hijo Jotam tomó el reino en su lugar. Era una hora difícil para el pueblo de Israel. Ellos estaban siendo asolados por los asirios y en breve ocurriría el cautiverio de Asiria. En aquel tiempo de depresión espiritual, Dios levanta a Isaías.

Isaías tiene aquella visión en un tiempo tan difícil. «*En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor*» (6:1). Y en el versículo 5, él usa esta expresión: «*Han visto mis ojos al Rey*». ¡Qué maravillosa expresión! Esto necesita ser real para todos nosotros. «*Han visto mis ojos al Rey*», no solo en una única visión, sino en una visión progresiva, contemplando la gloria del Señor.

La devoción al Señor

En ocasiones anteriores, hemos llamado la atención de ustedes a la devoción. No confundan esto con leer devocionales. Hay devocionales muy buenos; gracias al Señor por ellos. Al hablar de devoción, queremos decir que, para nuestra jornada cristiana, necesitamos mucho más que conocimiento bíblico.

Para los jóvenes, este asunto del conocimiento es muy importante. Sí, el conocimiento bíblico es valioso. Es necesario estudiar las Escrituras; y no solo leer, sino estudiarlas y memorizarlas. Eso es de gran valor.

Nuestro Señor Jesucristo dijo: «*Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí*» (Juan 5:39). Eso está bien, no hay nada errado en ello. Mas, el Señor dice: «*...y no queréis venir a mí para que tengáis vida*» (v. 40). A causa del pecado que está en nosotros, nuestra debilidad, nuestra carne, nuestro ego, hacemos algo horrible: separamos las Escrituras del propio Cristo; y no tenemos aquellos ojos que buscan a Cristo en las Escrituras.

Este es un peligro muy grande; nos llenamos de conocimiento y quedamos con una cabeza enorme. Como alguien dijo, en el mundo físico, la

distancia entre el cerebro y el corazón no llega a cincuenta centímetros; pero, en el mundo espiritual, es la distancia entre el infierno y el cielo. Las verdades de Dios, el conocimiento que hemos adquirido en las Escrituras, tiene que descender a nuestros corazones.

Alentamos a los jóvenes a que tomen la Palabra que ha sido compartida y la escuchen nuevamente. Una, dos, tres, ocho veces. Tomen la clave importante de cada libro de la Biblia, y vayan de nuevo a los pies del Señor. Hagan sus estudios personales. Contemplan al Señor, en el libro de Josué, en particular los primeros cinco capítulos; contemplan al Señor en el libro de Job, y vean la obra transformadora de Dios.

¿De qué sirve conocer técnicamente la estructura del libro de Job? Puedes predicar sobre aquel libro; pero, si no sabes nada del trabajo transformador de Dios en tu propia vida, entonces el Espíritu Santo nunca respaldará esa palabra. Aquella espada que no entró en tu corazón, no podrá penetrar el corazón de otros. Este es un principio espiritual.

Revelación y devoción

Austin-Sparks era un ministro de la palabra de Dios, pero, un día, él dijo a su esposa: «No me llesves comida a mi cuarto de estudio; me voy a

encerrar y no voy a salir de ahí, hasta que Dios me muestre cuál es la causa de la esterilidad de mi servicio». Ahora, ¿saben a qué él llamaba esterilidad ministerial?

Sparks fue uno de los alumnos más destacados de Campbell Morgan, el príncipe de los predicadores expositivos. Sparks, un hombre muy inteligente, amaba la Escritura; pero estaba en una gran crisis espiritual. Él dice: «Yo podía predicar sobre todos los libros de la Biblia; cuál era su estructura, su mensaje central y sus énfasis. Pero yo estaba estéril; lleno de conocimiento, pero estéril».

No sabemos cuánto tiempo permaneció allí. Pero él relata que, en un momento, Romanos capítulo 6 fue traído de manera viva a su corazón. Es eso lo que la Biblia llama revelación. Él conocía muy bien el libro de Romanos, era maestro en el tema; pero, aquel día, la verdad de Romanos 6 penetró su corazón.

¿Qué dice Romanos 6? «...sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él» (v. 6). Sparks dice: «La luz irradió de tal manera que, a partir de aquel momento, comprendí que yo era un hombre aniquilado. Nada de mí mismo era útil para el Señor. Yo fui crucificado con Cristo». Nuestro viejo hombre, es el lado negativo. Pero, ¿saben lo que él dijo del lado posi-

vo? «A partir de ese día, yo comencé a aprender lo que significa servir a Dios en el poder del Espíritu».

Él estaba sirviendo a Dios en la energía de la carne, con su conocimiento, con sus capacidades. Eso marcó toda la diferencia en la vida de Sparks. Cuando recibimos revelación, ¿cuál es el resultado? La devoción.

En la epístola de Pablo a los Romanos tenemos tanta doctrina maravillosa. Romanos es el libro más estudiado en estos veinte siglos de historia de la iglesia. Esta carta fue central en la vida de la mayoría de los siervos de Dios; fue así para Martín

ración, devoción, rodillas dobladas. Pablo, un gran teólogo; mas, sobre todo, un hombre de Dios.

Conocer a Cristo

Un abogado en Inglaterra, que vivió en la época de Spurgeon, gustaba oírle, pero no era creyente. Escuchaba a Spurgeon, pero nunca se rindió al Señor. Alguien le preguntó: «¿Por qué vas a oír a Spurgeon?». Él respondió: «Porque nadie dice un ¡Oh! como él». Cuando Spurgeon predicaba, fluían ríos de agua viva. Ese ¡Oh!, era la expresión de asombro de un hombre conquistado por las bellezas de Cristo. Si no es así con nosotros, ¿de qué sirve el estudio

En su primera venida, él fue el Cordero de Dios, en sus sufrimientos; hoy es el Cordero exaltado en el trono de Dios.

Lutero, Calvino, Sparks, Bakht Singh, y muchos otros. Pero, cuando Pablo escribe los once primeros capítulos, ¿cómo termina el capítulo 11? En devoción.

«Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor?» (Rom. 11:33-34). Esto es ado-

bíblico, la apologética, los seminarios?

«En el año que murió el rey Uzías». Depresión, esterilidad. «Vi yo al Señor ... Han visto mis ojos al Rey». ¡Qué visión maravillosa! Isaías dice: «Sus faldas llenaban el templo». En sentido figurado, tipológico, Isaías vio algo de Cristo y la iglesia, porque él no solo vio la gloria del Señor; él vio que aquellas vestiduras

llenaban el templo. Hay una relación directa entre el Señor y su casa, Cristo y la iglesia.

Hay tres aspectos más en Isaías 6. La segunda visión, en el versículo 5: «Ay de mí! que soy muerto». La palabra «muerto» es *damá* en hebreo, quedar mudo. «¡Ay de mí, yo quedo mudo!». En el capítulo 5 leemos muchos «ayes». «¡Ay!», para esto, y «¡Ay!», para aquello. Pero ahora es: «¡Ay de mí!», porque la gloria de Dios, como él la vio, expuso su propio corazón.

Estas dos visiones siempre van juntas en nuestras vidas. Podemos decir: No hay cómo conocernos más a nosotros, que conocer a Cristo. Estos dos conocimientos van exactamente en la misma proporción. Cuanto conocemos de Cristo, es cuanto conocemos de nosotros mismos. Es basado en el conocimiento de Cristo, que nos conocemos a nosotros mismos.

La máxima de Sócrates, «Conócete a sí mismo», es un imposible. No podemos conocernos a nosotros mismos, porque en nosotros, somos tinieblas. Las tinieblas no pueden conocer las tinieblas. «Porque contigo está el manantial de la vida; en tu luz veremos la luz» (Sal. 36:9). ¿Cuál es el camino del verdadero autoconocimiento? No es la filoso-

fía, ni la psicología, sino el camino del conocimiento de Cristo.

La segunda visión de Isaías fue una visión de sí mismo. Primero, «*vi yo al Señor ... han visto mis ojos al Rey*». Luego, me vi a mí mismo. En cuanto a mí, «¡Ay de mí, yo quedo mudo!». Algunas versiones traducen: «Soy digno de muerte»; otras: «Estoy muriendo». Esta es la idea transmitida.

Luego, hay una tercera visión: «*Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado*» (Is. 6:6-7).

Primero, la visión del Señor, segundo la visión de sí mismo y tercero, la visión de la Cruz. Isaías se vio tan indigno, pero ahora el carbón encendido tomado del altar tocó sus labios. El altar siempre tipifica la cruz. ¡Cómo necesitamos esta tercera visión! Pablo dice: «*Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo*» (Gál. 6:14).

Esta es la tercera visión indispensable. Por eso, éste es el punto de inflexión en la vida de Isaías. Entonces vemos un Isaías hasta el capítulo

lo 5, y otro Isaías, a partir del capítulo 6.

Visión de la necesidad de Dios

La última visión: «*Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí*» (Is. 6:8). Con la visión de Cristo, la visión de nosotros mismos, y la visión de la Cruz, estamos preparados para lo último: la visión de la necesidad de Dios.

Recuerden cuando estudiamos la historia de Samuel. Ana subía cada año a Silo, y ella vio la necesidad de Dios. El sacerdocio estaba estéril; Elí y sus hijos eran inútiles, y la necesidad de Dios tomó lugar en el corazón de Ana. Ella aún era estéril, ella aún quería un hijo, pero luego todo cambió: «Señor dame un hijo, porque este hijo será para tu necesidad, no para mí».

Es también así con Isaías. Él vio al Señor; luego, se vio a sí mismo, y vio la cruz. Y, finalmente, él vio la necesidad de Dios, al oír aquella voz: «¿A quién enviaré?». Esta voz es tan importante.

Nosotros deseamos ser colaboradores en los asuntos del Señor. Los jóvenes desean ser usados por el Señor, cooperando en aquello que toca el corazón del Señor.

¿Cuál es el camino del Señor? La pregunta es: «¿A quién enviaré?». Y, ¿cuál es la respuesta? Para aquellos que vieron la gloria del Señor, aquellos que se han visto a sí mismos, y aquellos que vieron la Cruz, estas visiones progresivas son las que nos habilitan para servir al Señor. Isaías responde: «*Heme aquí*»; pero no como él estaba antes, sino después que él vio al Señor, después que se vio a sí mismo, después que vio la cruz. Solo ahora él puede decir: «*Heme aquí, envíame a mí*».

Los cánticos del Siervo

Algunos pasajes en Isaías son llamados los «cánticos del Siervo». Todos ellos son de una riqueza muy grande. El capítulo 42 nos presenta el primero de ellos.

«*He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones*» (Is. 42:1). Y continúa: «*No gritará, ni alzará su voz*» (v. 2). «*No quebrará la caña cascada*» (v. 3). «*No se cansará ni desmayará*» (v. 4). «*Te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones*» (v. 6). Este es el siervo del Señor.

En el primer versículo, la expresión: «*He aquí*», en hebreo, es un llamado a la contemplación. Significa: «¡Contemplan, miren!».

clamación, una palabra de admiración. «*He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento*». El Hijo es la delicia del Padre, y «*él traerá justicia a los gentiles*». Este es el primer cántico del siervo, maravilloso.

En el capítulo 49, otro cántico más del siervo, versículo 3: «*...y me dijo: Mi siervo eres, oh Israel, porque en ti me gloriaré*». Al estudiar estos cánticos del Siervo, vemos dos cosas que podrían confundirnos; pero no hay nada de confuso en ellos. En primer lugar, el siervo del Señor literal es Israel, porque el Señor separó la nación de Israel para ser luz a toda la tierra; éste es el siervo inmediato, el siervo literal.

Pero Israel falló en su misión, y es claro que los cánticos del Siervo no apuntan exactamente a Israel. Son cánticos proféticos, porque este hombre es un varón de dolores, un cordero que enmudeció delante de sus trasquiladores, y llevó toda nuestra iniquidad. Éste no es Israel, sino el Cordero de Dios. Entonces, son dos siervos. Por eso, el versículo 3 dice: y me dijo: «*Mi siervo eres, oh Israel*», ese es el siervo literal.

Isaías 49:6: «*Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te*

di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra». Este es el tema de Isaías en todo el libro, la salvación del Señor. Este cántico menciona al siervo como siendo específicamente la salvación del Señor.

Su rostro como pedernal

Otro cántico del siervo, en Isaías 50:4-11. Citamos solo algunas frases: «*Jehová el Señor me dio lengua de sabios*» (v. 4). La palabra *sabios*, en el original, es *discípulos*, aquellos que aprenden. «*...mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios*». De nuevo, *discípulos*. Vean la relación: sería imposible que el siervo tuviera una lengua de discípulo, si no tuviera oído de discípulo.

Este es nuestro Señor Jesús, el siervo del Señor. Él tiene oído que aprende, y por eso él puede decir buenas palabras al cansado. En el versículo 5 se dice que este discípulo no es rebelde; él no se vuelve atrás. Él no se retractó. ¡Maravilloso versículo! «*Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos*» (v. 6). Arrancar la barba, en el Antiguo Testamento, era el mayor acto de deshonra que podía hacerse a un varón.

Cuando leemos estos cánticos del Siervo y los transportamos a los evangelios, el brillo es tan grande. En primer lugar, el Verbo fue encarnado, y los cánticos del Siervo hablan de su encarnación.

La encarnación es su primera crisis. En segundo lugar, tenemos su bautismo. La tercera crisis es su tentación; la cuarta crisis, la transfiguración; la quinta, el Getsemaní; la sexta, su muerte; la séptima, su resurrección, y la octava, su ascensión y entronización. Ese es el tema de los cuatro evangelios.

Cuando unimos los cuatro evangelios a los cánticos del Siervo, tenemos un maravilloso cuadro, que nos muestra al Señor desde la encarnación hasta la ascensión; el Verbo que fue hecho carne, y pasó por todo aquel proceso hasta el trono. Isaías 50 es uno de los capítulos más importantes.

Getsemaní

«Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos. Porque Jehová el Señor me ayudará» (v. 6-7). Cuando Jesús estaba en el huerto de Getsemaní, Lucas nos dice que el siervo del Señor estaba en agonía, sudando gotas como de sangre. Él podría haber muerto allí por un infarto,

pues era hombre, vulnerable, frágil, agonizando.

Cuando aquella hora termina, se dice que un ángel descendió hasta Getsemaní, y fortalecía al Señor. ¿Por qué él fortalecía al Señor? Porque el Verbo de Dios tendría que soportar hasta la cruz del Calvario, tendría que ser levantado de la tierra, para atraer a todos a sí mismo. El capítulo 50 de Isaías es tan maravilloso. Allí, el Señor dice: *«Por eso puse mi rostro como un pedernal»* – como una piedra.

Oh, hermanos, nuestra alma, naturalmente hablando, retrocede delante del sufrimiento; y eso no es pecado, es natural en nosotros. Ninguno de nosotros pone sus manos en el fuego; retrocedemos delante del sufrimiento, para resguardarnos, para preservarnos. Es un instinto natural.

¿Y, con relación a nuestro Señor Jesús? Él también tenía un instinto natural. Entonces ¿qué haría él? ¿Cuál fue la batalla en Getsemaní? *«Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»* (Luc. 22:42). Para que esto aconteciese, Isaías 50 nos dice: *«Puse mi rostro como un pedernal»*. Él tendría que encarar estos sufrimientos; su alma deseaba retroceder, pero él no podía hacer eso. *«No*

escondí mi rostro de injurias y de esputos». Este es el rostro que los ángeles contemplaron.

Cuando el Verbo de Dios fue hecho carne, el cielo quedó vacío. Los ángeles no tenían alguien para mirar en el cielo, y volvieron su rostro hacia la tierra. Cuando aquel Niño estaba en el pesebre de Belén, envuelto en pañales, se dice que un ejército celestial apareció a los pastores. Esa hueste celestial estaba mirando aquel pesebre, porque ahora el Logos ya no estaba en el cielo, sino en Belén; todo el mirar de los ángeles es hacia la tierra. ¡Qué cosa maravillosa!

Cuando el Señor estaba en la cruz, los ángeles estaban contemplándolo. Si él hubiese movido un solo dedo, más de doce legiones de ángeles hubiesen sido enviadas del cielo para librarlo de la muerte. Pero él no lo hizo. *«Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos»*. Aquel rostro adorado por los ángeles, fue abofeteado por los hombres.

Versículo 8: *«Cercano está de mí el que me salva»*. Ése era su secreto. Cuando Pedro predica su primer sermón en Pentecostés, en Hechos 2:25, él cita el salmo 16:8: *«Veía al Señor siempre delante de mí»*. ¿Cuál

fue el secreto de la vida de Jesús, y cuál fue el secreto de su muerte? *«Veía al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no será conmovido»*. ¡Gracias, Señor!

Los cánticos del Siervo, tan maravillosos, nos hablan del Cordero de Dios, que no retrocedió.

Isaías 50 nos habla en relación a esto: *«Cercano está de mí el que me salva»*. Versículo 9: *«He aquí que Jehová el Señor me ayudará»*. Ese fue el secreto del siervo del Señor. Entonces, hermanos, estudien los cánticos del Siervo, abran su entendimiento al lenguaje original, busquen y estudien cada palabra de ellos, porque ese es el lugar donde resplandece la gloria de la Cruz, la vida y obra del Señor Jesús.

El Siervo del Señor en Isaías 53

Ya vimos Isaías 42, 49, 50, y concluiremos con Isaías 52, otro cántico del Siervo, que va desde Isaías 52:13 hasta Isaías 53:12. Es un largo cántico. Los versículos 13 al 15 del capítulo 52 hablan sobre el sufrimiento y el triunfo del Señor al mismo tiempo, aquello que Isaías no podía entender.

«He aquí que mi siervo será prosperado, será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto» (52:13). Luego, habla primero de sus sufrimientos

mientos y usa un lenguaje gráfico. El versículo 14 dice que su aspecto era muy desfigurado. El texto original dice: «*Su semblante estaba muy lacerado, muy herido, más que cualquier otro hombre*». Aquellos cuadros que vemos, de Cristo crucificado, con una corona de espinas, y una gota de sangre por aquí y otra por allá, son totalmente falsos.

El rostro del Señor estaba deformado, porque él fue abofeteado varias veces. Su rostro estaba tumefacto, y es eso lo que Isaías nos dice: «*Su rostro estaba muy lastimado, más que cualquier otro hombre, y su apariencia, más desfigurada que cualquiera de los hijos de los hombres*».

¡Qué figura tremenda tenemos aquí! Pero, de inmediato, Isaías da un salto, y nos habla de su exaltación. Parafraseando, él dice: «Así como se asombraron muchos a la vista de él» (porque él estaba desfigurado), también se asombrarán delante de otra vista: «Él es el Rey, él es aquel que hizo la aspersión».

«*Así asombrará él a muchas naciones; los reyes cerrarán ante él la boca, porque verán lo que nunca les fue contado, y entenderán lo que jamás habían oído*» (52:15).

Miren con atención: «*Así asombrará él a muchas naciones*». La pala-

bra «asombrará», en su raíz hebrea, es una palabra técnica: «expiación».

La mejor traducción sería: «*Él rociará o expiará a las naciones*», es decir, sus sufrimientos redundarían en expiación para los pueblos. Los reyes cerrarían su boca a causa de él, al ver, asombrados, que aquel sufriente es el Redentor; que su redención ocurrió a causa de los sufrimientos de él.

Terminando esta etapa, citaremos doce aspectos de la persona y obra del Redentor en Isaías 53. Solo los citaremos, para ayudarles en su estudio personal.

1. «*Raíz de tierra seca*»: su absoluta humildad.
2. «*Despreciado y desechado entre los hombres*».
3. «*Herido fue por nuestras rebeliones*»: su sufrimiento fue sustitutivo.
4. «*Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros*»: Dios mismo lo ofreció.
5. «*No abrió su boca*»: su resignación.
6. «*Por cárcel y por juicio fue quitado*»: aun siendo el Santo de Dios, él murió como si fuese un criminal.
7. «*Fue cortado de la tierra de los vivientes*»: murió de una manera precoz.
8. «*Nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca*»: Él no tenía culpa en sí mismo.
9. «*Verá el fruto de la aflicción de su alma*»: Él viviría después de sus sufrimientos; eso apunta a su resurrección.
10. «*La*

voluntad de Jehová será en su mano prosperada»: él cumpliría plenamente el propósito divino. 11. «*Con los fuertes repartirá despojos*»: eso habla de triunfo en la batalla. 12. «*Por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos*»: Dios quedaría totalmente satisfecho.

Un testimonio real

Para concluir, quiero relatar una experiencia personal. En el siglo pasado, un siervo del Señor, profesor de la Biblia, en cierto país, fue apresado y llevado a un lugar de interrogatorio. Allí le dijeron: «No queremos hacerte daño. Tú solo debes predicar la Biblia conforme a nuestra orientación». Entonces él respondió: «Yo no puedo hacer eso, esa no es la enseñanza de la palabra de Dios».

El hermano no volvió a casa; fue recogido en un bus y llevado a un campo de prisioneros. En aquel bus había toda clase de personas marginales y prostitutas. Él los miró y oró: «Señor, ¿qué estoy haciendo aquí?». Entonces, el Señor puso en su corazón: la palabra de Isaías 53: «*Fue contado con los pecadores*». Él cuenta que esta palabra lo sustentó en su cautividad por veintidós años.

Llegando al campo, le dijeron: «Tú vivirás unos seis meses; nadie vive más de ese tiempo aquí. Era un lugar muy frío, y ellos dormían cubiertos con ramas de bambú. Las condiciones de salud eran terribles. Sin embargo, el hermano sobrevivió. Nosotros éramos muy jóvenes, cuando le oímos compartir la palabra de Isaías 53. Mientras él citaba la primera epístola de Pedro —el sufrimiento y gloria de nuestro Señor Jesús—, muchas lágrimas corrían por su rostro.

Sin embargo, al final del encuentro, en un lugar más íntimo, él dio su testimonio, a petición de algunos jóvenes. Mientras hablaba sobre sus propios sufrimientos, no hubo lágrimas en su rostro. Como jóvenes, eso nos causó gran impacto, porque vimos un mártir vivo, alguien que conoció los sufrimientos de Cristo en su propia carne.

«Gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría» (1 Pedro 4:13).

Síntesis de un mensaje oral impartido en Santiago de Chile, en abril de 2017.

Lo que Dios pide

Dios le había pedido a Abraham la cosa más preciosa en su vida; pero ésta no era Isaac, sino Abraham mismo.

J. Oswald Sanders

Cómo transmitir al mundo el mensaje divino de la salvación eterna.



Anunciando el Evangelio

Rodrigo Abarca

“

Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Como está escrito en Isaías el profeta: He aquí yo envío mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino delante de ti. Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas ... Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio”

– Mar. 1:1-3, 14-15.

El evangelio de Marcos comienza con una declaración inmediata de su propósito: Su tema es el evangelio de Jesucristo. Los griegos usaban la palabra *evangelio* para referirse a una noticia extraordinaria. Y lo que se anuncia aquí, la gran noticia, es Jesucristo, el Hijo de Dios.

Dios viene hasta los hombres

Como estaba profetizado, Dios viene hasta los hombres. Ante tal anuncio, la reacción de pecadores como nosotros, sería normalmente de temor: «Dios viene a juzgarme y a castigarme». Pero la buena noticia es que él no viene a con-

denar sino a salvar a los perdidos. Por eso dice: *«Preparad el camino del Señor»*.

En la historia de Israel, Dios siempre intervino para libertar a su pueblo cuando estaba en dificultades. Cuando se anunciaba que el Señor venía, significaba siempre salvación.

Después que Juan el Bautista fue encarcelado, Jesús vino a Galilea pregonando la buena noticia: *«El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio»*. El reino de Dios significa la Presencia Divina en el mundo, actuando a favor de nosotros. Esto es maravilloso.

«¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: Tu Dios reina!» (Is. 52:7). No es una mera declaración teológica. Significa que Dios tiene poder y autoridad para salvar realmente a su pueblo.

«Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa. Florecerá profusamente, y también se alegrará y cantará con júbilo; la gloria del Líbano le será dada, la hermosura del Carmelo y de Sarón. Ellos verán la gloria de Jehová, la hermosura del Dios nuestro. Fortaleced las manos cansadas, afir-

mad las rodillas endebles» (Is. 35:1-3), porque viene el Señor.

«Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago» (v. 4). Este pago se refiere a los que nos oprimen y nos causan dolor. Él viene a destruir a nuestros enemigos: la muerte, el pecado, los poderes de las tinieblas.

«Dios mismo vendrá, y os salvará». No enviará a un ángel. Él mismo vendrá. *«Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo; porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad»* (v. 5-6). Esta es una noticia para saltar de gozo, desechando la angustia y el temor.

«El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado». Ahora, el reino de los cielos está aquí entre nosotros, porque el Señor mismo ha venido. Jesús es Emanuel, Dios con nosotros.

Jesús, la buena nueva

«El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los pre-

sos apertura de la cárcel» (Is. 61:1). Estas son las palabras que el mismo Jesús citó en la sinagoga de Nazaret, al comienzo de su ministerio.

Piensa en alguien cuyo corazón está quebrantado por el dolor; pero ahora se le ofrece consuelo, y su corazón. ¿No es maravilloso? O un cautivo, preso por el enemigo, que no tiene cómo ser libre, en la desesperación y el miedo constantes; pero viene uno que rompe sus cadenas. ¿No es eso una buena noticia? «...y a los presos apertura de la cárcel». Alguien está en la cárcel porque es culpable o espera una sentencia de muerte; pero llega el indulto. ¡Cómo saltaría de alegría! Eso es el evangelio: Libertad a los cautivos.

«...a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová» (v. 2), o el año del jubileo. En Israel, aquel era el año en que se perdonaban todas las deudas. Imagina que tú estás lleno de deudas, angustiado, porque no tienes cómo pagar. Entonces, alguien cancela todas tus deudas. Y no solo eso, sino que todo lo perdido vuelve a ti. Eso es el evangelio.

«...el día de venganza del Dios nuestro». Este es el día en que Dios tomará venganza de nuestros enemigos, liberándonos del yugo de opresión. «...a consolar a todos los enlutados». La pérdida de alguien que

amamos es terrible. Pero Él vino a dar vida a los muertos y a otorgarnos una esperanza eterna: la muerte no es el final, es solo el principio de la vida eterna con él.

«...a ordenar que a los afligidos de Sion se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya» (v. 3). Todo esto se encarnó en Jesucristo. Él es la buena nueva.

Aprendiendo del Maestro

En Marcos 3:13-15 leemos que Jesús llamó a otros hombres para hacerlos partícipes de su misión. «Después subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar, y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios».

El Señor les encomendó ir y anunciar el evangelio. Pero, el primer requisito para ser enviados era que tenían que estar con él, porque el mensaje que iban a divulgar era Él mismo. Para predicar el evangelio, primero necesitamos conocer al Jesús mismo, no solo como mensaje, sino también cómo él predicaba. Ellos aprendieron a anunciar el

evangelio mirando al Señor. Él es el evangelio. Durante tres años y medio, ellos estuvieron con él, aprendiendo a predicar el evangelio.

¿Cómo puedes compartir la buena nueva con otros? ¿De quién puedes aprender? De Jesús, el Maestro de los maestros. Mirándolo a él, sabremos cómo comunicar las buenas nuevas, y también podemos aprender de sus discípulos, de aquellos que estuvieron con él.

Esta es una preciosa lección: Jesús es el evangelio. Él es el mensajero y es también el mensaje que se anuncia. Ahora bien, hay un aspecto vital del evangelio que debemos recalcar: Jesús no nació en un hogar acomodado, en un ambiente social relevante. Cuando el Verbo se hizo carne, escogió una familia humilde y fue contado entre los pobres de Israel. ¿Por qué escogió ese camino para anunciar desde allí el evangelio?

El poder de lo alto

Esto tiene que ver con el evangelio mismo. Desde el principio, Dios quiso dejar claro que el poder del evangelio para salvar no tiene nada que ver con los poderes del mundo. Dios es suficiente para salvar, porque es el Señor Todopoderoso.

Cuando María, la madre de Jesús, recibió la noticia de que el Salvador

del mundo iba a nacer de ella, pareció entender muy bien esta dimensión del evangelio: *«Entonces María dijo: Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la baja-za de su sierva»* (Luc. 1:46-48). Esto no es solo un acto de humildad de María. El Señor escogió a una mujer humilde, sin ninguna influencia o poder, que habría sido mirada en menos por el resto de la sociedad.

«Hizo proezas con su brazo; esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones. Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos» (v. 51-53). María constata un hecho fundamental: el evangelio no se asocia con los poderes terrenales. Cuando Jesús vino al mundo, entró solo sostenido por el poder del reino de los cielos. Por ello, para profundizar en éste y en otros aspectos más, consideremos una historia del Antiguo Testamento, que ilustra muy bien algunos principios fundamentales del evangelio para nosotros.

Las ideas del paganismo

Todas las naciones antiguas pensaban que, cuanto más cerca estuviese un hombre de sus dioses, más exitoso sería. El éxito era señal de que una persona era favorecida por

los dioses. Esto era un principio que todos aceptaban. Por eso, generalmente los reyes acababan siendo divinizados. Por otro lado, los pobres y humildes, que no triunfaban en la vida, eran considerados como seres abandonados por los dioses.

Por ello, si alguien requería ayuda de los dioses, iba a los poderosos, pues ellos estaban más cerca que la gente común. Todos los pueblos de la antigüedad pensaban así, salvo uno solo, Israel. Porque el Dios de Israel no era el Dios de los poderosos, sino de los humildes, las viudas, los huérfanos y los extranjeros.

Dios rescató a un pueblo de esclavos, identificándose así con los desposeídos. Por cierto, también encontramos que Dios actuó a través de algunos reyes, como en el caso de David o Salomón. Sin embargo, vemos que la mayoría de sus reyes fueron impíos en la historia de Israel, y que Dios no se asoció con ellos sólo porque eran poderosos.

En Israel, el rey estaba sometido a la ley de Dios, y tendría éxito solo si era obediente y fiel al pacto. Sin embargo, no existía una identificación directa entre Dios y los poderosos. Todo Israel sabía esto; pero, obviamente, los paganos no lo sabían. A la luz de este hecho, revise-mos ahora la historia de Naamán.

Naamán el leproso

«Naamán, general del ejército del rey de Siria, era varón grande delante de su señor, y lo tenía en alta estima, porque por medio de él había dado Jehová salvación a Siria. Era este hombre valeroso en extremo, pero leproso» (2 R. 5:1).

Naamán era jefe de los ejércitos del rey, una posición de suma importancia. Según las ideas de los paganos, era un hombre tocado por los dioses. *«Por medio de él había dado Jehová salvación a Siria»*. Era un héroe extremadamente valiente, *«pero leproso»*. Esta es la situación real de todo ser humano.

Existe una falla fundamental en la naturaleza humana. Y esto nos dice el evangelio: que cada uno de nosotros es más corrupto de lo que jamás imaginó ser. En la Biblia, la lepra es figura del pecado. Este es el diagnóstico de toda la raza humana. Por ello, todas las cosas que los ídolos de este mundo puedan dar: riqueza, poder político, fama, etc., serán incapaces de salvarnos de nuestro problema fundamental.

Este hombre lo tenía todo, pero nada de ello podía curar su lepra. No había poder en este mundo capaz de sanarlo. La lepra es una enfermedad terrible que corroe lentamente desde adentro, hasta que la carne se

deshace. Así es el efecto del pecado cuando corrompe la vida humana.

Una buena noticia

«Y de Siria habían salido bandas armadas, y habían llevado cautiva de la tierra de Israel a una muchacha, la cual servía a la mujer de Naamán. Esta dijo a su señora: Si rogase mi señor al profeta que está en Samaria, él lo sanaría de su lepra» (v. 2-3). Así vino la salvación para Naamán. Aquella muchacha israelita lo había perdido todo, y el causante final de su tragedia era Naamán, el general sirio.

Con toda justicia, ella debió pensar que Naamán merecía el peor de los castigos. Pero, esta joven represen-

te pensó: «Si voy a Israel y tendré tratos con su Dios, de seguro tendré que hablar con el hombre más poderoso de Israel». Pero, él ignoraba que en Israel reinaba un hombre impío y alejado de Dios. Naamán, pues, pidió a su rey cartas de presentación para el rey de Israel.

«Salió, pues, él, llevando consigo diez talentos de plata, y seis mil piezas de oro, y diez mudas de vestidos» (v. 5). Porque no se conseguía nada de los dioses paganos, sino dando algo a cambio.

La carta del rey de Siria seguía la lógica del pensamiento pagano: *«Tomó también cartas para el rey de Israel, que decían así: Cuando lleguen a ti estas cartas, sabe por ellas*

Hoy, el mundo no entiende lo que es ser un pecador, porque ni siquiera sabe quién es Dios, ni qué significa pecar contra él.

ta el evangelio: «Hay un Dios verdadero que tiene el poder para curar». Ella se sacrificó a sí misma y encarnó el amor de Cristo para quien no lo merecía: renunció a vengarse, y dio a la mujer de Naamán la buena noticia.

Naamán llegó feliz ante el rey de Siria. Y en su mentalidad pagana,

que yo envío a ti mi siervo Naamán, para que lo sanes de su lepra» (v. 6).

Sin embargo, «Luego que el rey de Israel leyó las cartas, rasgó sus vestidos, y dijo: ¿Soy yo Dios, que mate y dé vida, para que éste envíe a mí a que sane un hombre de su lepra? Considerad ahora, y ved cómo busca ocasión contra mí» (v. 7).

A pesar de su impiedad, este rey sabía que no tenía privilegios especiales respecto al Dios de Israel, e imaginó que esta nota era una provocación y un pretexto para la guerra.

«Cuando Eliseo el varón de Dios oyó que el rey de Israel había rasgado sus vestidos, envió a decir al rey: *¿Por qué has rasgado tus vestidos? Venga ahora a mí, y sabrá que hay profeta en Israel*» (v. 8). Así que el rey, rápidamente se deshizo del problema, enviando a Naamán a hablar con Eliseo.

La asombrosa obra de Dios

«Y vino Naamán con sus caballos y con su carro, y se paró a las puertas de la casa de Eliseo» (v. 9). Sin embargo, para su sorpresa y desilusión, Eliseo le envió un siervo y ni siquiera salió a recibirlo personalmente. El Dios de Israel obró todo a través de los siervos más humildes, y no de los poderosos. De seguro, Naamán se sintió ofendido. Pero Dios estaba llevando a Naamán por el camino del evangelio, para así sanarlo.

La palabra de Dios fue: «*Ve y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne se te restaurará, y serás limpio*» (v. 10). Era algo tan sencillo. Así es la dádiva del evangelio, pero a Naamán, esto no le pareció digno de un héroe como él, y dijo: «*He aquí yo decía para mí* (en su corazón argu-

lloso): *Saldrá él luego, y estando en pie invocará el nombre de Jehová su Dios, y alzará su mano y tocará el lugar, y sanará la lepra*» (v. 11). Naamán tenía una idea pomposa de su propia importancia y de cómo tendrían que ocurrir las cosas. Aquello lo decepcionaba.

¿Por qué lavarse siete veces? Porque Dios trabajó seis días, y en el séptimo reposó de toda su obra. El 7 es el número del descanso, de la salvación completa y consumada de Dios en Cristo. Entrar en ese número significa acogerse al reposo de Dios, descansar de nuestras obras y reposar totalmente en Su obra de salvación. Dios le estaba diciendo a Naamán que debía dejar de confiar en sí mismo, y confiar en lo que Dios podía hacer por él.

Un regalo inmerecido

«*Abana y Farfar, ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel? Si me lavare en ellos, ¿no seré también limpio? Y se volvió, y se fue enojado*» (v. 12). ¡Cómo es el corazón humano! Cuán difícil le es al hombre entender la gracia de Dios, que él nos da no porque nos deba algo, sino simplemente porque nos ama. No podemos obtener nada de él por nuestro esfuerzo. Su salvación es simplemente un regalo inmerecido.

Luego, por tercera vez, Dios actúa por medio de los humildes. *«Mas sus criados se le acercaron y le hablaron diciendo: Padre mío, si el profeta te mandara alguna gran cosa, ¿no la harías? ¿Cuánto más, diciéndote: Lávate, y serás limpio?»* (v. 13). Esto es un regalo, que no puedes comprar ni obtener por tu esfuerzo; nada de lo que hagas te salvará. Pero si tú confías, si tú crees y aceptas lo que se te da, como una dádiva inmerecida, tomarás el mejor camino.

«El reino de Dios se ha acercado; arrepentíos», significa: Deja a un lado tu arrogancia, tu orgullo, tus esfuerzos e intentos inútiles y solamente cree, confía, porque Dios te ama. No necesitas ganarte su favor; él te ama y él quiere salvarte. *«Él entonces descendió, y se zambulló siete veces en el Jordán, conforme a la palabra del varón de Dios; y su carne se volvió como la carne de un niño, y quedó limpio»* (v. 14).

¿No es maravilloso el evangelio? Recibimos lo que no merecíamos; se nos da lo que nunca pudimos obtener por nosotros mismos. Es un regalo, de pura gracia.

Una conversión real

«Y volvió al varón de Dios, él y toda su compañía, y se puso delante de él, y dijo: He aquí ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra, sino

en Israel» (v. 15). Este hombre se convirtió de los ídolos al Dios vivo y verdadero. Esos ídolos, que en apariencia le habían dado todo, en realidad no le habían dado nada.

«Te ruego que recibas algún presente de tu siervo». Pero el profeta no aceptó. La salvación no se puede comprar. Aun después de que hemos sido salvos, no tenemos que pagarla. Sigue siendo gracia hasta el final.

«Entonces Naamán dijo: Te ruego, pues, ¿de esta tierra no se dará a tu siervo la carga de un par de mulas? Porque de aquí en adelante tu siervo no sacrificará holocausto ni ofrecerá sacrificio a otros dioses, sino a Jehová. En esto perdone Jehová a tu siervo: que cuando mi señor el rey entrare en el templo de Rimón para adorar en él, y se apoyare sobre mi brazo, si yo también me inclinare en el templo de Rimón; cuando haga tal, Jehová perdone en esto a tu siervo. Y él le dijo: Ve en paz» (17-19).

¡Cómo cambió el corazón de este hombre! Conoció al verdadero Dios, y ahora, en lugar de ser Naamán el poderoso, ante el cual los demás debían inclinarse, se inclina ante el verdadero Dios. Esto es el evangelio, que nos liberta de los ídolos opresivos del mundo, para adorar al único y verdadero Dios.

El evangelio tradicional

El Señor había llamado doce discípulos para la predicación del evangelio. Ellos no solo aprendieron el contenido del mensaje, sino también cómo anunciar el evangelio a otras personas. Veamos, pues, cómo Jesús predicaba el evangelio.

Antes, quisiera contar algo personal. Cuando yo era joven, había en la iglesia un fuerte énfasis en la evangelización. El evangelismo era un tipo de metodología que era necesario aprender para predicar. La idea de evangelizar iba asociada con una metodología que consistía básicamente en identificar los «cuatro pasos para ser salvo», o las cuatro leyes espirituales. Es decir, una presentación sistemática de la teología del evangelio.

Yo tenía quince años cuando me convertí, y esto era para mí un problema. Por ejemplo, cuando iba al colegio, en el microbús, iba pensando si tenía que hablarle a quien iba a mi lado de aquellos cuatro pasos para la salvación. Yo era muy tímido, por lo cual solo un par de veces me atreví a abordar a alguien.

Otra estrategia era la campaña, donde había un predicador, música y gente que acudía a oír. No es que haya algo errado en hacer esto; pero, estrictamente hablando, el

evangelio no es eso. Los métodos del evangelismo tradicional pueden servir o no, de acuerdo a la situación, el contexto histórico o cultural, etc., porque suponen que las personas a quienes predicamos tienen algún conocimiento previo de Dios.

Problemática del mundo actual

Si le digo a alguien que es un pecador, yo supongo que esa persona entiende lo que es ser un pecador, de acuerdo con el método de las cuatro leyes espirituales. El problema es que hoy el mundo no entiende lo que es ser un pecador, porque ni siquiera sabe quién es Dios, ni qué significa pecar contra él.

Si hoy partimos con esta estrategia, es probable que los resultados sean más precarios. Tiempo atrás, al anunciar el evangelio, bastaba a veces hablar con las personas por 15 o 20 minutos, y ellas hacían una decisión y se entregaban al Señor.

Pero los jóvenes de hoy saben que eso ya no ocurre tan fácilmente, porque cuando le decimos a alguien que es un pecador, éste se puede ofender, o acusarnos de irrespetuosos e intolerantes, tal como se piensa en la actualidad.

El mundo cambió. La visión cristiana del mundo, antes compartida por la mayoría de las personas en nues-

tra sociedad, ya no lo es más. Muchos poseían un trasfondo religioso, y tenían una idea de quién era Dios, el pecado, el infierno y la salvación. Existía aún una cosmovisión cristiana culturalmente dominante.

Pero hoy ya no es así. Sobre todo, es probable que las personas menores de treinta años no tengan la menor idea de estas cosas, o sólo las sepan como una especie de historia antigua, pero sin valor para su vida.

Entonces, predicar el evangelio no es necesariamente hablar de los cuatro pasos o alguna metodología similar. Por esta razón, necesitamos volver a Jesucristo, el maestro de los evangelistas. En él aprendemos cómo predicar las buenas nuevas. Hay un pasaje breve que nos puede ayudar en este caso: la historia de aquel hombre pequeño llamado Zaqueo.

El amigo de los pecadores

Una de las cosas que irritaba a los líderes religiosos de su tiempo era que Jesús se asociaba con las personas más viles de la sociedad. Claro, a veces se sentaba a la mesa con los ricos e influyentes, pero en general, él prefería estar con los más desposeídos y rechazados, y no lo hacía desde una posición de condescendencia. La condescendencia consiste en mezclarse con personas a quie-

nes consideras inferiores, y que en el fondo de tu corazón miras en menos. Pero, Jesús no actuaba así.

Watchman Nee, quien fue usado por Dios para establecer la iglesia en muchos lugares en China, dice que el Señor le dio una visión de cómo presentar a Cristo al mundo: como el amigo de los pecadores. Un amigo es alguien que se pone a tu lado y que empatiza, que se aproxima a ti, no de manera condescendiente, sino de igual a igual. En este contexto veamos quién era Zaqueo.

Zaqueo era el jefe de los publicanos, una clase de personas odiadas por la sociedad judía. En primer lugar, ellos se aprovechaban de la tragedia de su nación; eran traidores y explotadores de su pueblo. En nuestros días, ellos serían odiados por todo el mundo, incluyéndonos a nosotros.

Israel estaba bajo el dominio y la cruel opresión del imperio romano. Y los romanos escogían entre los judíos a hombres que se ofrecían para el trabajo sucio de cobrar elevados impuestos para el César.

No conformes con ello, estos recaudadores, los publicanos, cobraban en exceso, y este dinero extra era para su beneficio propio. Por lo tanto, se enriquecían a costa del sufrimiento de sus hermanos.

¿Considerarías que ellos eran dignos de ser amados? Nadie los saludaba en la calle ni se mezclaba con ellos; pero a los publicanos no les importaba eso, pues tenían el favor de los romanos. Entretanto, el pueblo moría de hambre y era oprimido. Para todo judío, un publicano era un ser detestable y abominable.

Un llamado de amor

Pero este publicano, Zaqueo, quería conocer a Jesús. Mas, a causa de su baja estatura, él pensó que le sería difícil ver a Jesús en medio de la multitud, por lo cual tuvo la ocurrencia de subirse a un árbol sicómoro. De seguro, lo hizo evitando que alguien lo notara. Inesperadamente, Jesús, al pasar, alzó su vista y la fijó en Zaqueo. Lo miró, lo reconoció, y dijo algo incomprensible e impensable para Zaqueo y para cuantos estaban allí. *«Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa»* (Luc. 19:5).

Ningún judío entraba a la casa de un publicano. Era una deshonra mezclarse con los opresores del pueblo. Pero Jesús dijo aquello en alta voz, no en secreto, sino delante de toda la multitud, identificándose con un hombre despreciable para todos.

De esto se trata el evangelio. Jesús no lo condenó ni le enrostró su maldad. Él sabía de todo ello, pero tam-

bién sabía que cada uno de nosotros, incluyendo a hombres como Zaqueo, es más amado por Dios de lo que jamás nos atreveríamos a esperar.

Por causa de ese amor y esa compasión divina, Jesús habló así delante de todos, aun arriesgando que el rechazo social hacia su persona fuese aún mayor. Y luego fue a casa de aquel hombre. Lo asombroso es que no se nos dice que Jesús esa noche explicara a Zaqueo los cuatro pasos de la salvación de manera explícita. Porque Él era el evangelio. Sus obras eran el evangelio. Al decir: «Voy a tu casa», Jesús le estaba diciendo: «Dios te ama a pesar de todo».

Además, de una manera práctica, más que anunciarle que Dios le amaba, Jesús le dice: «Voy a cenar a tu casa». Ese fue un acto de amor concreto y visible.

Y fue tan impactante que, sentado a la mesa, Zaqueo estuvo todo el tiempo mirando a Jesús y pensando cómo era que aquel hombre había venido a su casa. Su conciencia pecadora comenzó a ser remecida por el amor de Jesús, y de pronto vio todo con claridad: él era un pecador malvado; pero había salvación en Jesús.

«Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mi-

tad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado» (v. 8). «Reconozco que soy un pecador, que he dañado y que he robado el pan y la comida a muchos; pero me arrepiento, y devolveré a todos lo que les arrebaté». Entonces Jesús le dijo: «*Hoy ha venido la salvación a esta casa*» (v. 9).

Nuestra tarea hoy

A veces, tú dices: «Yo no tengo la capacidad de hablar con elocuencia, de presentar con eficacia el plan de salvación». Probablemente no; pero tú también puedes amar. Puedes ser amistoso, puedes ser compasivo, puedes hablar a los que nadie habla; puedes acercarte a los rechazados, a los despreciables; puedes extender tu mano con amor a los que no merecen ser amados.

Tú puedes invitarlos a tu casa o visitarlos, puedes asociarte con los pecadores, porque de esto se trata el evangelio. Y no con la actitud condescendiente del religioso que se cree justificado en sí mismo, sino con la actitud de Cristo, que se identifica con los pecadores. Predicar el evangelio no es solo anunciar el plan de salvación. Hay que hacerlo, sí; pero es necesario darlo a conocer no solo con nuestras palabras, sino con nuestra vida, tal como lo hizo Jesús.

Si piensas que es difícil acercarse a personas pecadoras, mira lo que dice la Escritura respecto a nosotros, en Tito 3:1: «*Recuérdales que se sujeten a los gobernantes y autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos a toda buena obra. Que a nadie difamen*», aun cuando haya razón para hablar mal de alguien. «*Que no sean pendencieros*», que no vivan discutiendo. El evangelio no se predica ganando discusiones, aunque éstas sean por cuestiones morales. No, «*sino amables*».

Cristo era amable, y nosotros hemos de ser amables como él. «*...mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres*». Y, ¿cuál es la razón de todo esto? ¿Olvidamos quiénes éramos antes de que el Señor nos alcanzara? ¿Olvidaste de dónde nos rescató el Señor?

«*Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos*», personas sin sabiduría; pero eso no impidió que el Señor llegara hasta nosotros. «*...rebeldes*», que no reconocen ni se sujetan a ninguna autoridad, pero él nos amó. «*...extraviados*», esto es, perdidos; pero, tan lejos como estábamos, él nos buscó y nos encontró. No fuimos nosotros a él; él vino hasta nosotros.

«*...esclavos de concupiscencias y deleites diversos*». Había pecados

vergonzados que nos esclavizaban. «...viviendo en malicia y envidia». Teníamos malas intenciones respecto a los demás. Pero él nos salvó y no se avergonzó de nosotros. ¿Crees que el evangelio es para las personas buenas? Aun siendo nosotros «...aborrecibles», difíciles de amar, Cristo nos amó. «...y aborreciéndonos unos a otros». No éramos personas atractivas, ni fáciles de ser amadas; pero él insistió hasta ganar nuestro corazón.

Y aquí está el resumen: «*Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres...*» (v. 4). Dios ama a todos los hombres, sin importar quiénes son o cómo son. ¿Cómo puedes cambiar eso? «...nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho...». Todo lo que hicimos fue ofenderlo, rechazarlo y aun odiarlo. A pesar de eso, él nos salvó eternamente.

Palabra fiel

Ese es su amor. No por lo que hubiésemos hecho, «*sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo*» (v. 5). No solo nos perdonó, sino que nos dio su propia vida, para que viviésemos libres del poder del pecado, por medio de su Espíritu, «*el cual derramó en noso-*

tros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna» (v. 6-7).

«*Palabra fiel es esta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza...*» (v. 8). Vivimos un tiempo en que las palabras parecen no valer nada. Los hombres usan el lenguaje para manipular a otros, sin que les importe la verdad. Pero el evangelio es una palabra fiel. «*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*» (Mat. 24:35). Si el Señor nos dice que nos ama y que quiere salvarnos, es exactamente lo que él hará, porque él es fiel y verdadero. No hay otra palabra tan fiel y verdadera en el mundo como la palabra del evangelio.

Que el Señor nos ayude. Que el evangelio renazca con poder y con gloria en nuestros corazones. Que nos llenemos del gozo de la salvación, no solo para nosotros, sino para comunicar al mundo el mensaje de la salvación eterna: «*Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero*» (1 Tim. 1:15).

Síntesis de un mensaje oral impartido en Temuco (Chile), en septiembre de 2017.

La obra de Dios en la intimidad del corazón humano.



Restaurando el corazón

Cristian Cerda



Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? ... Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad ... Crea, en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí”.

— Jer. 17:9; Sal. 139:23-24; 51:10.

La experiencia de Pedro

Hechos capítulo 10 relata la experiencia de Pedro cuando tiene un éxtasis y ve un lienzo que desciende del cielo. Para Pedro, el contenido de aquel lienzo fue algo difícil de mirar. ¿Qué había allí? «*Todos los cuadrúpedos terrestres y reptiles y aves del cielo*» (v. 12), animales que, para un judío, eran inmundos.

También oye una voz, que probablemente era lo que no quería oír: «*Levántate, Pedro, mata y come*» (v. 13). Y Pedro reacciona tal como reaccionaría un judío de cepa, diciendo: «*Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás*» (v. 14). ¡Cómo es nuestro corazón!

«*Volvió la voz a él la segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo llares tú común*» (v. 15). Esa era

una palabra fuerte. Hoy, nosotros, como Pedro, tenemos juicio en el corazón hacia algo que consideramos común o inmundo, creyendo que eso es lo que Dios también ve. ¿Captamos la complicación del apóstol? Su corazón fue confrontado en esa visión, poniéndole en estrecho.

El Señor le muestra esta visión tres veces, porque él es paciente con sus siervos. Y cuando concluye la escena, vienen a buscar a Pedro para llevarlo a casa de Cornelio. Cuando el apóstol entra allí donde el Señor lo llevó un poco forzado, sus primeras palabras a todos los que habían venido a oírlo como alguien que viene de parte de Dios, fueron: *«Vosotros sabéis cuán abominable es para un varón judío juntarse o acercarse a un extranjero»* (v. 28).

Esto es tan impresionante, porque nosotros no conocemos nuestro corazón. Jeremías lo declara de manera evidente: *«Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?»* (Jer. 17:9). No son palabras muy gratas. Ni aun nosotros mismos podemos llegar a conocernos cabalmente.

David en una hora crítica

Ahora, en el segundo libro de Samuel capítulo 11, vemos la hora más trágica en la vida de David, cuando todos fueron a la guerra y él

se quedó en palacio. El rey ve a Betsabé, mujer de Urías heteo, y la toma para sí. Y luego, al darse cuenta de su horrible acto, siguiendo la voz de su corazón para ocultar aquello, manda a llamar a Urías y lo envía a su casa con su esposa.

Urías era un hombre íntegro, como lo muestra la Escritura. Él no acata lo que el rey le dice, sino que pasa la noche afuera, pues, ¿cómo él, siendo un general, mientras todos estaban en la batalla, iba a tomar descanso y a dormir con su mujer? Y no durmió allí. Aquello llegó a oídos del rey.

Entonces David escribe a uno de sus oficiales importantes y le ordena que, cuando la batalla arrecie, pongan a Urías en el frente y lo abandonen. Urías muere, y entonces el rey toma a Betsabé como su esposa. Nadie lo vio, nadie lo supo, y todo estaba quedando dentro de un margen adecuado.

Entonces viene el profeta Natán y relata algo respecto de lo cual David debía juzgar. «Había un hombre rico que poseía muchas ovejas, y otro que tenía solo una. Y aquel hombre rico le quitó al que tenía una sola». Natán tenía claro lo que iba a decir, pero también es evidente que David sabía lo que había hecho. *«Entonces se encendió el furor de David en gran manera contra aquel hom-*

bre, y dijo a Natán: *Vive Jehová, que el que tal hizo es digno de muerte*» (2 Sam. 12:5). El corazón debe ser corregido. «Entonces dijo Natán a David: *Tú eres aquel hombre*» (v.7).

Un grito de angustia

Tras esa experiencia, David escribe el Salmo 51, un grito angustioso de su corazón. El título dice: «Arrepentimiento, y plegaria pidiendo purificación. Salmo de David, cuando después que se llegó a Betsabé, vino a él Natán el profeta».

«He aquí, tu amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría» (v. 6). Es obvio que él estaba viviendo una hora angustiante tras ser descubierto, pero él está asimilando aquello, y dice: *«En lo secreto me has hecho comprender sabiduría»*.

«Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis maldades. Crea, en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí» (v. 9-10). Cuando Pedro tuvo esa experiencia entre los gentiles, Dios estaba también tratando con lo que había en el corazón del apóstol. *«Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón ... y ve si hay en mí camino de perversidad»* (Sal. 139:23-24).

En casa de Cornelio ocurrió algo extraordinario. Mientras Pedro estaba hablando, todos los presentes fue-

ron llenos del Espíritu Santo. Más tarde, en Jerusalén, el apóstol declara: *«¿Quién era yo que pudiera estorbar a Dios»* (Hech. 11:17). A pesar de la torpeza de Pedro, Dios obró soberanamente. ¿Quién puede impedir que Dios derrame su Espíritu sobre toda carne? ¿Quién puede impedir que él haga una obra más allá de nuestro entendimiento?

Dios no está limitado a lo que yo entienda o a lo que yo juzgue, porque sus pensamientos son más altos que los nuestros. Él tratará la intimidad de nuestro corazón, y él lo hará por medio de lo que él ve y de lo que él habla.

Los tratos de Dios

«Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama de fuego» (Apoc. 2:18). Sabemos que el Señor se presenta a cada iglesia de una manera distinta, aun cuando al final siempre dice: *«El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice»*, no a aquella iglesia, sino *«a las iglesias»*. A Tiatira, el Señor se revela como *«el que tiene ojos como llama de fuego»*.

«Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación. He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de

ella. Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras» (Apoc. 2:21-23).

He aquí la acción de los ojos como llama de fuego. Por cierto, el Señor no lo hace para exponernos públicamente. Qué enorme misericordia y bondad es la suya, porque, con todo lo que sabe de nosotros, a pesar de eso, no deja de llamarnos sus hijos; y más aún, a pesar de eso, no nos impide llamarle Padre.

Dios escudriña nuestra mente y corazón con la intención de librnarnos de nosotros mismos, de cuidarnos de aquello que nos traerá dolor o desventura. Él quiere librnarnos de cosas que él ve, y que tal vez noso-

donde estaba la enferma acostada, la vi y pensé: «¡Dios mío, con un tumor, y embarazada!».

Entonces, hice una observación inoportuna. «No sabía que usted estaba embarazada». Ella me miró y me dijo: «No, esto es el tumor. Hace años, no era más que una lentejita; pero nadie lo detectó. Y empezó a crecer y a crecer. Y ahora, esa lentejita que creció no me deja respirar, y me está matando».

En ese momento, el Señor me dio un entendimiento. Lo que no detectaron los médicos, Dios lo sabía. Él nos conoce en espíritu, alma y cuerpo. Y cuando él nos ve en lo íntimo, no lo hace con el fin de enrostrarnos lo que somos, o de hablarnos de

¿Cómo está tu corazón? Es probable que tengas una respuesta clara. Pero hay una cuestión más profunda: ¿Cómo ve el Señor tu corazón?

tros no vemos. Pero, para ello, nos evalúa primero con sus ojos como llama de fuego.

Recuerdo una experiencia de algún tiempo atrás. Un hermano me llamó, diciéndome: «Hay una vecina en el hospital que está muy delicada. Tiene un tumor, y yo le dije que tú la visitarías». Cuando llegué a la sala

manera airada, porque somos su especial tesoro.

El Señor tiene la intención de librnarnos, porque si él no lo hace, eso nos traerá aflicción. No hablo de los sufrimientos que el Señor quiere que experimentemos. Como dijo un hermano de la antigüedad: «A una sola cosa le temo: No ser digno de los

sufrimientos que el Señor pone delante de mí».

No estoy hablando de lo que menciona Pablo: *«Cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia»* (Col. 1:24). No. Estoy tratando de cosas que el Señor conoce, y que por medio de estas aflicciones y de este conocimiento que él tiene, quiere que aquello no esté en nosotros – salvo que nuestro corazón ya sea perfecto.

Un Dios que consuela

La segunda epístola a los corintios es un carta tan hermosa de leer. Pablo la inicia en un nivel de tanta confianza con aquella iglesia tan conflictiva. Pero él no tiene problema en decir: *«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación»* (2 Cor. 1:3).

Es notable poder saber que tenemos un Dios de todo consuelo. ¿Qué experiencia podemos vivir, que él no pueda consolar? ¿Hay alguna? Probablemente, para nosotros, puede que sí. Pero es porque nos falta conocer el consuelo que él tiene para nosotros. *«...el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación»* (v. 4).

Pablo no habla como lo hace el hermano C.S. Lewis en su libro «Una Pena en Observación». Cuando fallece su esposa, él escribe: «Vienen algunos a decirme: No vayas a los lugares que visitaste con ella; no hagas las cosas que hiciste con ella. Ellos no tienen idea de lo que significa la pérdida. Porque no es estar en un lugar; no es dejar de hacer ciertas acciones; porque la pena no está allí, sino aquí, en el corazón».

«Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación ... Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida» (v. 5, 8). Aquello le sobrepasó; su inteligencia y su capacidad quedaron anuladas.

Normalmente, uno piensa: «Si me pasa tal cosa, puedo hacer tal otra; si ocurre aquello, puedo tomar estos recursos». ¿Pero qué pasa si no nos queda ninguna posibilidad? *«Fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida»*. Una experiencia extrema; pero en medio de ella, Pablo puede iniciar esta carta

diciendo que Dios es Padre de misericordias y Dios de toda consolación.

Confiando solo en Dios

«*Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte...*» (v. 9). Lo terrible de estas palabras tiene un sentido, un propósito: «*...para que no confiásemos en nosotros mismos*». En el ejemplo de la lentejita que solo Dios veía, es como si ella tuviese un nombre: «Confianza en ti mismo». Todo lo que estaba viviendo el apóstol era para que él identificara esta cosa pequeña en su corazón llamada «Confianza en sí mismo».

Gracias al Señor por los siervos que pueden describir las experiencias que viven en la intimidad con el Señor, porque ellas nos consuelan y nos traen refrigerio a nosotros. La experiencia era «*para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos*».

Sólo de nuestro Dios se puede decir: él resucita a los muertos. Por eso, cuando Abraham toma el cuchillo para sacrificar a Isaac, había algo allí que nadie veía, pero que Dios estaba viendo. «*Pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos*» (Heb. 11:19).

Nuestra confianza no está en nosotros, sino en Dios que resucita a los muertos. ¡Qué confianza más mara-

villosa! La muerte es la experiencia más dura y cruda que nos toca vivir. ¡Pero qué gloriosa confianza: Dios nos resucitará de los muertos!

Un peso de gloria

Pablo describe la aflicción de manera que nos deja impactados. Nosotros no quisiéramos vivir una cosa así. Pero ahora dice: «*Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria*» (2 Cor. 4:16-17). Es decir, por aquella terrible circunstancia que le tocó enfrentar a Pablo, hay un peso de gloria en su corazón, porque él tenía confianza en que Dios lo iba a rescatar.

Si consideramos el peso de gloria que puso Dios en nosotros, que es Cristo en nosotros, entonces podemos ver a la distancia lo más terrible que hayamos vivido, y verlo como leve y momentáneo. Dios nos consuela, porque él es el que resucita a los muertos y nos ha dado una esperanza verdadera, «*no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas*» (v. 18).

Cuando el Señor nos mira, lo hace con amor, con el propósito de darnos vida, quitar aquello oculto de nuestro corazón y librarnos de lo que nos causaría daño. Nos libra con su mirada, y también con su Palabra. *«Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón»* (Heb. 4:12).

Restaurando el corazón

Dios hace esa obra preciosa en nuestro corazón, que ahora es un corazón de carne. Lucas 4:18 nos habla acerca del ministerio del Señor Jesús, *«enviado a sanar a los quebrantados de corazón»*. Cuando él hace esa restauración y va avanzando en nosotros, también va poniendo su voluntad en nosotros.

El libro de Nehemías, en relación a la restauración del templo y de la ciudad de Jerusalén, nos muestra una señal muy significativa acerca de la participación de este siervo de Dios en aquella obra. Veamos:

«Llegué, pues, a Jerusalén, y después de estar allí tres días, me levanté de noche, yo y unos pocos varones conmigo, y no declaré a hombre alguno lo que Dios había puesto en mi corazón que hiciese en Jerusalén»

(Neh. 2:11-12). La última frase implica la acción de Dios.

Toda la obra de Nehemías, desde el capítulo 1 al 6, tiene este sello: *«lo que Dios había puesto en mi corazón»*. Se dispusieron los recursos, se sumaron las voluntades, se resolvieron los conflictos, y de manera extraordinaria, se levantó el muro en cincuenta y dos días. ¿Y cuál fue el punto de partida de esa obra de los primeros capítulos de Nehemías? Dios encontró un corazón dispuesto para Su voluntad.

Dios quiere restaurar nuestros corazones, para que podamos atender su voz, y él pueda poner algo suyo en nosotros, *«para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones»* (Ef. 3:17).

¿Cómo está tu corazón? Es probable que tengas una respuesta clara. Pero hay una cuestión más profunda: ¿Cómo ve el Señor tu corazón?

El Señor tenga misericordia de todos nosotros. Él puede sanar, salvar, restaurar y consolar nuestro corazón, aquello que está en la intimidad y que tal vez nosotros no conocemos, pero que él conoce. Podemos orar, sabiendo que Su gracia y Su poder están a nuestro favor.

Que así sea, Señor.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Temuco (Chile), en noviembre de 2017.

Reflexionando sobre los rasgos más significativos de la iglesia en el principio de su historia.



La iglesia en Corinto

Christian Chen

“

Pablo ... a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos ... Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia; así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros ... Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer.

— 1 Corintios 1:1-13.

Al leer los versículos iniciales de la primera carta a los corintios, sabemos que en la iglesia en Corinto había mucha bendición, Ellos fueron enriquecidos en Cristo, «*en toda palabra y en toda ciencia*». ¿Habrá otra iglesia tan bendecida como ésta? El testimonio de Cristo había sido confirmado en ellos.

Cuando pensamos en la iglesia como era al principio, buscamos una iglesia perfecta. La iglesia en Corinto era bendecida. En estas palabras,

nada es exageración, sino la condición real de aquella iglesia. Sin embargo, al seguir leyendo, sabrás que esta iglesia no es perfecta. Y no solo no era perfecta, sino que estaba llena de conflictos. Al leer las dos cartas a los corintios, descubrimos un problema tras otro, y por supuesto, nunca llamaremos a Corinto la iglesia perfecta.

Cuando buscamos la iglesia perfecta, olvidamos que nosotros somos imperfectos. Estamos aún en la carne, soñando ver aquella iglesia. Si miramos a Corinto, sin duda, allí hay un candelero, un testimonio del Señor. Es una de las iglesias del principio, que nos da una gran lección de cómo podemos andar hoy.

Corinto es una ciudad portuaria. Priscila y Aquila vinieron de Roma a Corinto; más tarde fueron a Éfeso. En ese lapso, Pablo fue por primera vez a Corinto, y pasó un tiempo con Priscila y Aquila. Al comienzo, él iba a la sinagoga e intentó llevar a los judíos a Cristo, pero fue rechazado; entonces Pablo salió de allí.

El apóstol se quedó con un hermano que vivía cerca de la sinagoga. Un hombre de Dios no siempre necesita predicar el evangelio con palabras. Todo el mundo leerá su vida. «Este vecino es una persona diferente». Aunque Pablo ya no iba a la sinagoga, él no vivía lejos de allí, y el

líder de la sinagoga fue salvo, y toda su casa fue bautizada. Y se dice que muchos corintios fueron salvos.

Luz en la oscuridad

Corinto era el rincón más oscuro del imperio romano; precisamente, por esa razón, necesitaba un candelero. Por eso, Pablo estaba ahí, y muchas personas fueron salvas; no adoraron más a ídolos, fueron trasladados al reino del amor de Dios. De hecho, el enemigo se opuso contra aquella obra tan fructífera.

«Entonces el Señor dijo a Pablo en visión de noche: No temas, sino habla, y no calles... porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad» (Hech. 18:9-10). Dios haría algo: la iglesia en Corinto iba a ser edificada. No importaba si había problemas, Pablo debía centrarse solo en la voluntad divina.

Que el Señor abra nuestros ojos para ver que él tiene mucho pueblo en nuestra ciudad. Tus ojos no solo deben ver a aquellos hermanos que ya conoces. Tú estás ahí por la misma razón por la cual Pablo estaba en Corinto. No debes callar, debes predicar la palabra, pese a las dificultades. A veces querrás renunciar, pero el Señor dice: «No desistas».

Cuando el hermano Watchman Nee ayudaba a las personas, siempre les decía: «Al visitar una nueva ciudad,

la primera cosa no es establecer una asamblea como la que tú ya conoces, o como fue en el pasado. Lo primordial es buscar a los hermanos. Tú no puedes ser tan espiritual como para pretender que eres el primero o el único». El Señor tiene intereses en la ciudad donde vives; por eso, él te puso allí. Eso es lo más importante.

No importa qué tipo de oposición ni qué problemas enfrentaría Pablo, una cosa sabemos: el Señor tenía pueblo en ese lugar, y Pablo tenía la responsabilidad de hablarles de parte de Dios.

Una vez visité la ciudad de Frankfurt. Algunos hermanos de allí me dijeron: «No queremos vivir aquí; nos iremos a Stuttgart. Frankfurt es un lugar tenebroso. Si seguimos aquí, no ganaremos muchas personas». Yo dije: «Si Frankfurt es oscuro, es evidente que necesita luz. Ustedes son el candelerero. Deben permanecer aquí, no importa cuán grandes sean las dificultades». Esa era una tragedia.

La división en el cuerpo

Nosotros no somos responsables por las divisiones, pero, ¿cómo podemos avanzar? «Yo tengo mucho pueblo en esta ciudad». Ese fue el comienzo de la iglesia en Corinto, aunque allí había problemas. Una

razón por la cual Pablo escribió su carta es porque fue informado acerca de un asunto muy serio.

«Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer» (1 Cor. 1:10).

La palabra «*ruego*», en el original, es «exhorto», y significa ponerse al lado para ayudar. Pablo no escribió para juzgar o para criticar. Él dice: «Os exhorto», es decir: «Estoy a su lado para ayudarles; no solo es su problema, sino también mi problema, y lo resolveremos juntos». Ese es el espíritu con el cual les escribe.

La palabra «*división*», en el original, significa estar aparte. Y Pablo agrega: «...que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer». La expresión «*perfectamente unidos*», en griego, alude a reparar huesos quebrados o recomponer articulaciones dislocadas. Aquella división ocurrió en el cuerpo, los huesos se rompieron y las coyunturas se dislocaron, y ahora había que restaurar todo.

«...para que no haya desavenencia en el cuerpo» (1 Cor. 12:25). Aquí es la misma palabra, *división*, según el Espíritu Santo. El problema es serio

en extremo, pues no se trata de una división en un club, en una escuela, en una organización; sino una división en el cuerpo.

¿Cómo trata Pablo a aquella iglesia? «...a la iglesia de Dios que está en Corinto» (1:2). Más adelante, el apóstol dice: «Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo». La iglesia en Corinto es la expresión local del cuerpo de Cristo. Pablo usa cuatro capítulos para tratar el problema. ¿Cómo un cuerpo puede ser separado? ¿Cómo puede haber en él coyunturas dislocadas?

Tras la Reforma, el mundo escribió acerca de aquel suceso. Un historiador comentó: «La Reforma es un gran evento en la historia. Martín Lutero hizo un gran trabajo, porque desde entonces el mundo no es el mismo». En la historia universal, el siglo XVI es una marca: hay un antes y un después de la Reforma.

Otro historiador dice: «Antes de Lutero, había una Europa unida; el mundo era uno, porque el Imperio Romano era uno». Esto fue cierto, en especial, cuando la iglesia se enlazó con el mundo. Cuando vemos que casi la mitad de las tierras de Europa pertenecían a la iglesia institucionalizada, podemos entender cómo Europa era una. Pero, tras la Reforma, Europa fue dividida.

La amenaza del sectarismo

Pero, ¿era eso división? ¿Era esa la unidad que estaba en la mente de Dios? La Palabra nos muestra que el concepto se refiere a una división en el cuerpo. Eso es algo muy serio. En Corinto, unos decían: «Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo» (1:12). Hay solo una iglesia, un cuerpo; pero están divididos. Por eso Pablo se esfuerza tanto para tratar la situación.

Recordemos a Apolos; él era tan elocuente, era un erudito, y él realmente ayudó a los santos en Corinto. Eso atrajo a las personas, y alguien dijo: «Yo soy de Apolos».

Y en cuanto a Pedro, recuerden que había algunos judíos en Corinto. Pedro visitó Corinto, él era uno de los Doce y venía de Jerusalén. Y fue así como algunos dijeron: «Fuimos muy ayudados por Cefas».

No hay nada errado con Pablo, con Apolos o con Pedro. Ellos fueron siervos del Señor utilizados para perfeccionar la iglesia, pero desafortunadamente nuestro vaso es tan pequeño. La iglesia de Cristo es tan grande, pero aquí vemos cuán niños eran los hermanos en Corinto.

«Ustedes son una denominación, nosotros no lo somos; ustedes son tradicionales, nosotros somos la igle-

sia». Tal es el espíritu de sectarismo. Tú hablas algo correcto, pero tu espíritu está errado. Cuando dices: «Tú no eres de Cristo; yo soy de Cristo», recuerda: aquellos que son de Cristo, los que proclaman ser de él y también aquellos que no dicen nada, realmente son de él.

Un pecado corporativo

Hay una posibilidad de que estemos haciendo algo divisible en el nombre de la unidad. Dividir el cuerpo es un pecado corporativo.

Cuando vemos a una persona ebria, decimos: «Pobre hombre, ¡cómo está destruyendo su cuerpo!». Pero cuando hay divisiones en el cuerpo, no sabrás lo que eso significa hasta que un día realmente sientas una coyuntura tuya dislocada.

ner interpretaciones diferentes, como ocurría con Los Hermanos en Inglaterra: Darby creía que la iglesia sería arrebatada antes de la tribulación, mientras George Muller afirmaba que ella pasaría por la tribulación, y Robert Chapman sostenía que solo los vencedores serían librados de la tribulación.

Podemos tener opiniones distintas, pero debemos esperar. Quién sabe si un día el Señor abrirá mis ojos y veré entonces algo que no veía antes. Esperemos un poco. Podemos diferir en algunos temas, pero en lo fundamental, compartimos la misma fe. Las interpretaciones diferentes no deberían separarnos.

Pero aquí, «*contendas*», significa que tú insistes en hacer algo, que-

**Cuando buscamos la iglesia perfecta,
dividamos que nosotros somos imperfectos.**

La iglesia es el cuerpo de Cristo. Cuando ella está dividida, ¿quién siente el dolor? Ahora entendemos por qué esto era tan serio en Corinto, no solo por las divisiones, sino a causa del espíritu de división.

«Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contendas» (v. 11). No es problema te-

riendo unificar las opiniones. Nosotros creemos en el bautismo por inmersión; pero, al unificar eso, decimos: «Nosotros estamos dentro, y esas otras personas están fuera».

Creemos que Jesucristo es el Hijo de Dios. Eso sí es fundamental. Si tú lo crees, eres de Cristo, y si Cristo ya te aceptó, yo no tengo por qué rechazarte.

Errando el camino

Las contiendas se dan cuando alguien quiere unificar, creyendo que solo su interpretación es válida. Sabemos que la palabra de Dios es infalible, que no contiene errores; pero tu interpretación o la mía pueden fallar.

Todos podemos cometer errores, porque la verdad que creemos ver está basada en los datos que tomamos de la Biblia, pero, ¿quién puede decir que tiene todos los datos de la Biblia?

Los pioneros de la Reforma tuvieron una gran contribución con la palabra de Dios, pero al convertirse en un sistema cerrado, ellos dijeron: «Nuestra interpretación es igual a la palabra de Dios». Luego vinieron los dispensacionalistas; ellos vieron cosas que otros no habían visto antes. Y otra vez, ellos formaron un sistema cerrado y dijeron: «Nuestra interpretación es igual a la palabra de Dios».

Cuando se intenta construir un concepto unificado, surge la división. Nosotros somos uno a causa de la Vida, no a causa de la luz que vemos en la Palabra. Si seguimos esto último, habrá contiendas. En Gálatas capítulo 5, Pablo presenta una lista de las obras de la carne, y una de ellas son las contiendas.

Pablo dice: «*De manera que yo, hermanos, no pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo*» (1 Cor. 3:1). Eso fue cuando él visitó Corinto por primera vez. Él esperaba que hubieran crecido; pero después de cuatro años, ¿qué ocurrió? «*Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía*» (v. 2). Ellos eran todavía bebés en Cristo, y no crecían.

Ahora, ¿cómo sabes si eres un bebé en Cristo o ya estás maduro? «*...porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois carnales?*» (v. 3-4). Aquí está la raíz de la enfermedad. Entonces, ¿cuál es la solución? Veamos la palabra de Dios.

La palabra de la cruz

La primera carta a los corintios se divide en dos partes. La primera, hasta el capítulo 11, trata el problema de las divisiones y otras cosas negativas, las carnalidades. Y en el primer versículo del capítulo 12 leemos: «*los dones espirituales*». Sin embargo, en el griego no aparece la palabra *dones*. En realidad, desde el capítulo 12 hasta el final de la carta,

Pablo habla de «las cosas espirituales».

Viendo el problema desde el ángulo negativo, nuestra carne debe ser tratada; la cruz debe hacer su obra. Y ¿cuál es el lado positivo? Siendo carnales, es necesario que la cruz obre profundamente en nuestra vida; luego, las coyunturas dislocadas serán reparadas. Es una experiencia dolorosa, pero necesaria.

Si tú no ves la unidad de la iglesia, si ves división tras división en el cuerpo, entonces, la cruz hace posible el «no más yo», y luego el Espíritu Santo nos muestra que Cristo mora en nosotros. La solución positiva, que nos conduce a la unidad del cuerpo, comienza en el capítulo 12.

Los hermanos en Corinto tuvieron que aprender algunas lecciones. Ellos estaban en el periodo de la adolescencia. No les faltaban dones; estaban en la escuela de Cristo, enriquecidos en todo. Ahora el Señor quiere ayudarles a crecer. De otra manera, seguirán siendo carnales. Ese es el veredicto del cielo.

¿Cómo tratar con las divisiones? No eres responsable por toda la situación, pero eres responsable por tu propia vida. Tienes que ir al Señor, permitiendo que la cruz opere en ti. Recuerda: la división es la señal de la carne, y la unidad es la señal del

Espíritu Santo. Por eso tenemos la cruz y la obra del Espíritu. Cuando experimentamos ambos, entonces, por la misericordia del Señor, volveremos al principio.

En la primera carta a los Corintios, eso es exactamente lo que ocurrió. Solo veinticuatro años después de la primera visita de Pablo, la iglesia ya estaba dividida en cuatro facciones. Una división en el cuerpo es una tragedia; si realmente ves eso, tu corazón sentirá dolor.

Un hecho abominable

Mucho más tarde, cerca del año 96 después de Cristo, un líder de la iglesia en Roma llamado Clemente, en una carta a los creyentes en Corinto relata otro gran conflicto en esta iglesia. En el principio, todo era correcto; después de cuatro años estaban divididos, y cuarenta y cuatro años después del nacimiento de la iglesia, Clemente describe «una división abominable y no santa».

Clemente usó una palabra muy fuerte, «abominable», asociada bíblicamente con el culto a los ídolos. Esa crisis fue tan seria, que Clemente dijo: «El nombre del Señor ha sido blasfemado». Podemos imaginar la magnitud de esa disensión, cuyo efecto fue que muchos se apartaron, otros desaparecieron, otros dudaron y eso provocó una absoluta decepción.

ción. Tal tragedia ocurrió al final del primer siglo.

Al leer a Clemente, se puede sentir el peso de sus palabras. Él dice: «Tomen la carta del bendito apóstol Pablo. ¿Qué fue lo primero que él habló cuando comenzó a predicar el evangelio? Por cierto, bajo la guía del Espíritu, él escribió acerca de sí mismo, de Cefas y de Apolos, porque ya en aquel tiempo se habían formado facciones».

Una enfermedad crónica

Aquello ocurrió en el primer siglo, y es una lección importante para nosotros. La división en el cuerpo no es una enfermedad común, sino una enfermedad crónica. Y después de dos mil años, vemos hoy 38.000 divisiones. Al mirar la historia de la iglesia, parecería un caso sin solución. Podrías pensar que es mejor concentrarse en la vida espiritual individual, pues la vida corporativa es una experiencia dolorosa.

Pero, gracias a Dios, hay una salida. La respuesta está en la palabra de la cruz, enfatizada en la primera carta a los Corintios. Es muy claro, el modo en que fuimos salvados es el modo en el cual seremos libres de las divisiones: el camino de la cruz.

«Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los

que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios» (1 Cor. 1:18). Al enfrentar un problema difícil, tú necesitas una respuesta. El mundo te dará alguna solución. Si preguntas a los judíos, su solución es el poder; para los griegos, la sabiduría.

Sin embargo, al enfrentar la división en el cuerpo, aquellas soluciones no funcionan. *«Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios» (v. 23-24).*

Lo necio y lo débil

La cruz es el lugar donde encuentras el poder de Dios y la sabiduría de Dios. ¿Dónde hallaremos la forma de reconciliar la justicia y el amor, el poder supremo y la sabiduría en su punto más elevado, sino en la cruz? *«Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres» (v. 25). Esta es la palabra de la cruz.*

La cruz fue un hecho histórico. La Biblia llama a eso la palabra de la cruz; pero ¿cuál es su aplicación? Hay dos aspectos: uno, acerca de la salvación. Solo cuando eres necio, cuando eres débil, puedes creer en

el Señor Jesucristo y ser salvo. Si te crees sabio, no necesitas salvación. Si reconoces tu falta de sabiduría, entonces el Espíritu Santo toca tu corazón. «*Lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios, y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte*» (v. 27). Esa es la palabra de la cruz.

Una frase clave: «*Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloriase en el Señor*» (v. 30-31). Solo al venir a la cruz tenemos sabiduría, justicia, santificación y redención. Así fuimos salvos.

Para resolver el problema de las divisiones, Dios hace exactamente lo mismo: la forma en que fuiste salvo es la misma en que serás liberado de las divisiones. «*Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase ignorante, para que llegue a ser sabio*» (1 Cor. 3:18). Si creemos ser sabios, el Espíritu Santo obrará para que veamos nuestra necedad, y al recibir la comunión de la cruz, entonces tendremos la sabiduría de Dios.

«*Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios; pues escrito está: Él prende a los sabios*

en la astucia de ellos. Y otra vez: El Señor conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos. Así que, ninguno se glorie en los hombres; porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios» (vv. 19-23).

La sabiduría de este mundo hace decir: «*Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo*», pero la obra de la cruz hará lo contrario. No digas que perteneces a Pablo; Pablo te pertenece, Cefas te pertenece, Apolos te pertenece. Tú perteneces al cuerpo de Cristo. Gracias por Pablo, pero él es solo un miembro del cuerpo; la suya es solo la sabiduría de uno de los miembros del cuerpo de Cristo.

¿Por qué empequeñeces tú la iglesia? Si Pablo nos pertenece, Apolos y Cefas nos pertenecen, la verdad de la justificación por la fe, el bautismo por inmersión y la verdad de la santificación por la fe, también nos pertenecen. Todas esas verdades, todas esas personas, son para enriquecer el cuerpo de Cristo.

El joven rico que dijo Sí

Veamos una historia real. En la historia de la iglesia ha habido grandes avivamientos. Cuando el fuego se

encendió, hubo un despertar en Alemania, con el pietismo; en Inglaterra, con John Wesley; en Estados Unidos, con John Whitefield, y muchos otros.

Sin embargo, no hay un avivamiento mayor que el de la iglesia morava. En la frontera de Alemania con la república checa, en el año 1727, el Señor usó un vaso llamado Nicolás von Zinzendorf, uno de los personajes más cristocéntricos de la historia de la fe. Cuando solo tenía seis años de edad, el escribía cada día una carta para el Señor, la lanzaba desde la ventana del castillo, y oraba: «Amado Señor, envía un ángel a tomar esta carta de amor para ti».

Al terminar la universidad, según la costumbre de esa época, Zinzendorf

pero a diferencia de aquel que dijo *No* al Señor, en aquella galería, este joven dijo *Sí*. Olvidándose de todo lo demás, él se consagró al Señor. Solo cuando alguien tocó su hombro, se dio cuenta que ya anocheecía.

Disensiones en Herrnhut

En esa época había muchos refugiados provenientes de Moravia, Bohemia y otros lugares. El corazón de Zinzendorf se abrió; él tenía grandes posesiones, y dispuso para ellos un lugar al que llamó Herrnhut. Un hermano llamado Christian David, viajaba entre Moravia y Herrnhut, trayendo refugiados allí.

Los hermanos moravos habían visto la luz un siglo antes de Lutero. Ellos seguían fielmente la palabra, y ha-

"Toda comunión que se basa solo en concordancia de opiniones y formas, sin cambiar el corazón, es una secta peligrosa" (Zinzendorf).

hizo un viaje por Europa. Un día llegó a Dusseldorf (Alemania), entró a un museo de arte, y vio un retrato de Cristo sufriente llamado *Ecce Homo*, con una inscripción en latín en su borde inferior: «Esto sufrí yo por ti. ¿Qué harás tú por mí?».

Zinzendorf era un conde, un noble, como aquel joven rico en la Biblia,

habían sido perseguidos y expulsados de su patria. Ellos tenían la visión de la iglesia, pero en Alemania, siendo refugiados, no tenían otra opción sino reunirse con los luteranos, que eran la religión oficial.

En el partimiento del pan, ellos no podían soportar que los luteranos usaran un tipo de hostia, y resistían

estas y otras cosas; pero eran extranjeros allí, entonces proseguían, y se sumaban a los demás.

En Herrnhut no solo había luteranos, sino también creyentes nominales; otros eran pietistas, que estudiaban la Biblia todos los días, oraban y se reunían por las casas. Y había asimismo calvinistas, que creían en la doble predestinación y seguían a Calvino casi de manera absoluta.

Un momento crucial

Al llegar a Herrnhut, cada uno traía su propia idea. Por eso, este avivamiento es único. En Herrnhut, fue plantado un árbol, delante del cual pusieron un versículo del Salmo 84: «*Aun el gorrión halla casa, y la golondrina nido para sí*». ¡Qué hermoso! Finalmente, ya no eran vagabundos, no había más persecución. Aquello era como el cielo en la tierra. Pero cinco años más tarde, Christian David decía: «Este lugar es como Sodoma y Gomorra. ¡Quiero salir de aquí!».

¿Qué había pasado? ¿Acaso no era Herrnhut como Corinto en pequeña escala? Pero gracias al Señor por Zinzendorf. Una tarde de mayo de 1727, él habló con todos durante cuatro horas. El Espíritu Santo estaba obrando. Él les exhortó así como Pablo rogaba a los corintios. Las conciencias fueron despertadas; todos

admitieron que habían errado el camino y confesaron sus pecados unos a otros, llorando.

Desde ese día, la obra prosiguió, y más tarde Zinzendorf escribió en su Diario: «Este era el momento crucial. Herrnhut podía convertirse en otra denominación o llegar a ser la verdadera iglesia de Dios. Nadie sino Él pudo hacer esta obra».

El 13 de agosto de 1727, estando todos reunidos para partir el pan, algo pasó en Herrnhut. La mayoría de ellos era alemanes, que no son muy emotivos; pero aquel día al cantar los himnos, podían oírse sollozos. El local era pequeño, pero afuera, en el patio, había mil hermanos. El Espíritu Santo hizo una obra portentosa. Christian David escribió: «Es un milagro del Señor; hay tantos tipos de sectas: católicos, luteranos, reformados, separatistas y laicos, pero nos reunimos juntos, siendo uno solo».

Otro líder dijo: «Fuimos bautizados por el propio Espíritu Santo en su amor. A partir de aquel tiempo, Herrnhut se transformó en una congregación viva de Cristo». Fue un día de derramamiento del Espíritu Santo, su Pentecostés. El Señor produjo un avivamiento, donde hubo emoción involucrada, lágrimas y arrepentimiento. Siendo nosotros huma-

nos, en todo avivamiento habrá emociones.

Un testimonio de John Wesley

Después de once meses, todo pudo haber concluido; pero once años más tarde, tras visitar Herrnhut, John Wesley, escribía a su hermano Samuel: «Dios me ha concedido el deseo de mi corazón; estoy en una iglesia cuyo hablar es celestial, en quien está la mente de Cristo, y que camina como Cristo». En su Diario él escribió: «Feliz pasaría toda mi vida aquí, pero mi Maestro me llama a trabajar en otras partes de su viña. Oh, ¿cuándo este tipo de fe cubrirá la tierra como las aguas cubren el mar?».

«Toda comunión que se basa solo en concordancia de opiniones y formas, sin cambiar el corazón, es una secta peligrosa» (Zinzendorf).

La iglesia, una nueva creación

Sin duda, ellos fueron ayudados por Lutero, pero no son luteranos; recibieron apoyo de los pietistas, mas no son pietistas; recibieron aporte de los reformados, que conocían muy bien las Escrituras, pero siempre perseveraron en la unidad del testimonio de Cristo. Lutero y Wesley son suyos, y asimismo las verdades del sacerdocio universal de todos los creyentes, la justificación por la fe, y tantas otras cosas.

La obra del Espíritu Santo puede revertir todo de manera preciosa. La iglesia es siempre una nueva creación. No puedes importar la iglesia desde el lugar de donde tú vienes. Puedes ayudar, pero nadie dirá: "Yo soy wesleyano", o "Yo soy luterano".

Este avivamiento duró al menos once años. Más aún, en el verano del mismo año, ellos iniciaron una vigilia de oración, con 48 hermanos y hermanas. Cada uno oraba media hora. Siempre había alguien orando, no por sí mismo, sino por la obra de Dios, hasta que Dios realmente estableciera su testimonio.

El fuego del avivamiento se esparció por Europa y los Estados Unidos. ¿Cuánto duró esa oración? ¡Cien años, desde 1727 hasta 1828! Aquello era obra del Señor. El Señor levantó un glorioso testimonio en Inglaterra a través de John Darby, George Müller y Robert Chapman, y doscientos años después, en 1928, el Señor levantó a algunos jóvenes en China y también en India.

Gracias a Dios, la cruz es el único método para reparar las divisiones en el cuerpo de Cristo. El ejemplo de la iglesia en Corinto en relación a esta enfermedad crónica, nos dará hoy mucha ayuda y enseñanza. Que el Señor hable a nuestros corazones.

Síntesis de un mensaje impartido en Temuco (Chile), en septiembre de 2012.

Primera epístola de Juan

A.T. Pierson

Palabra clave: Comunión**Versículo clave: 5:13**

Fue escrita cerca del año 90 d. C., cuando Juan era el único apóstol aún vivo. Su tono es paternal, en autoridad y en afecto. Sus ideas se agrupan en tres grandes temas: luz, amor y vida. Su objetivo es que los creyentes sepan que tienen la vida eterna, para que así su gozo sea completo (1:4; 5:13).

Esta carta nos muestra la actitud mental característica de Juan, más contemplativa que argumentativa, confiada en la verdad, enseñada por la intuición y confirmada por la experiencia. El apóstol confronta las herejías que atacan el carácter mediador divino de Cristo.

El evangelio de Juan muestra a los pecadores cómo obtener la vida eterna; la epístola muestra a los creyentes cómo saber si tienen la vida eterna. Hay características claras por las cuales los hijos de Dios deben ser conocidos. La prueba vital es la comunión, tanto con Dios como con los miembros de Su familia (1:3), y es marcada por tres condiciones:

1. Dios es Luz. La luz habla de verdad. El creyente no tiene comunión con lo que es malo y vil. Él confiesa el pecado, es lavado por la Sangre y guardado por la intercesión de Cristo.

2. Dios es Amor. Él ama la santidad y ama a las almas. El amor implica aborrecer todo pecado. El creyente tiene comunión en este amor, y habita en él. Él ama a Dios por lo que Dios es, y ama a los hijos de Dios, por lo que hay de Dios en ellos.

3. Dios es Vida. La vida en oposición a la muerte es el mismo principio de antagonismo al mal y a la asimilación del bien. La ley de la nueva vida es la obediencia. Las semillas del mal aún existen en los hijos de Dios; mas ellas no pueden germinar ni dominar, porque la simiente de Dios está en ellos.

Existe, entre tanto, una nueva afinidad (regeneración); una nueva actitud (resistencia al mal); un nuevo avance hacia la perfección. Los resultados de tal comunión llevan a un testimonio con dos aspectos: el externo (testimonio de la Palabra), y el interno (testimonio del Espíritu).

Un himno de alabanza

Cada pasaje de las Sagradas Escrituras tiene su propia grandeza; no obstante, hay capítulos que destacan por sobre los demás por lo que apelan al corazón humano.

G. Campbell Morgan

El Salmo 103

Este es un salmo de pura adoración. No hay en él ni una sola petición. Es uno de los salmos atribuidos a David, y en él no expresó ningún deseo, sino que, de principio a fin, vació su alma en alabanza y acción de gracias. La alabanza entendida debidamente, en el sentido más simple de la palabra, es una rara ocupación: se alaba a Dios por lo que es él; la acción de gracias es la adoración a Dios por lo que él ha hecho por nosotros; en ambas, el alma adora.

La adoración bien entendida, en el sentido más simple de la palabra, es una ocupación algo rara; por supuesto, hay un sentido en el cual nuestros servicios pueden ser considerados en su totalidad como adoración divina. En ellos, sin embargo, hacemos mucho más que adorar. No obstante, la función más alta de la personalidad humana no es la oración, sino la ala-

banza. En otro salmo (50:23), tenemos una declaración muy importante: *«El que sacrifica alabanza me honrará»*.

Leyendo esto, cabe preguntarse: ¿cómo puede afirmarse que por medio de cualquiera de nuestros actos puede Dios ser glorificado? Sin embargo, así se afirma, y no hay duda alguna que así es. Tal vez la alabanza es rara, porque en cierto sentido es difícil. La dificultad salta a la vista en el hecho de que en nuestros himnarios encontramos muy pocos que expresen únicamente alabanza; es decir, himnos en los cuales no haya peticiones, sino que al cantarlos, estemos dirigiéndonos a Dios en términos de alabanza por lo que él es, y de acción de gracias por sus beneficios.

Esto no es hablar desdeñosamente de nuestros himnarios. El mismo hecho se nota en los ciento cincuenta salmos del Salterio. Cada salmo o him-

no dirigido a Dios, sea en oración o en alabanza, es de valor. Únicamente estoy pensando en el ejercicio de la alabanza en sí misma, como cosa aparte de la oración que participa de la naturaleza de la petición.

El salmo que consideramos, repito, es un salmo exclusivamente de alabanza. Todos los estudiantes del Salterio deben reconocer que estos salmos fueron escritos para usarse principalmente dentro del templo. Hay ciertas notas musicales que por sí mismas prueban esto; pero aparte de ello, su misma estructura con frecuencia es tal, que se presta a interpretación musical. Así sucede de una manera notable en este salmo.

Estructura del salmo

El acorde de la nota dominante se da en la frase con la cual comienza, y se repite en la frase final. Así comienza: «*Bendice, alma mía, a Jehová*». Y termina así: «*Bendice, alma mía, a Jehová*». Entre este acorde de la nota dominante dado al principio, y su repetición al final, todo el movimiento intermedio es fiel a esta intención declarada.

La observación de la estructura del salmo nos deja ver dos métodos distintos, o movimientos. Los primeros cinco versículos constituyen un *solo*. Ningún pronombre en plural se encuentra en ellos. Del versículo 6 al 18, el salmo se transforma en un coro, en

el cual se unen distintas voces, como lo demuestran los pronombres en plural. Luego, del versículo 19 hasta el final, otra vez escuchamos un coro grandioso, pero el volumen del sonido de la música se aumenta con voces angelicales, y lo refuerza todo el universo de Dios. Luego, rápidamente, cesa la pluralidad de las voces humanas, de las voces angélicas y de la música universal, y la nota final vuelve otra vez a cantarse como un *solo*: «*Bendice, alma mía, a Jehová*».

Todo el movimiento es de alabanza expresada a *Jehová*. Este es el único nombre de Dios empleado en el salmo. Ocurre once veces. Dios nunca es mencionado por las palabras Elohim o Adonai. Solo una vez en el curso del salmo se emplea un símil, cuando dice: «*Como el padre se complace de los hijos*». La alabanza, entonces, se dirige a Dios, según se revela en el nombre que habla para siempre de su gracia, según llega él a ser todo lo que su pueblo necesita, a fin de llenar esa necesidad.

Quedamos sorprendidos por el fondo de este salmo, en la medida en que se revelan las condiciones con las cuales David estuvo familiarizado. Sin detenernos en este asunto, podemos agrupar ciertas palabras que se emplean para referirse a dichas condiciones: «iniquidades, enfermedades, destrucción, deseos, los oprimidos, nuestros pecados, nuestras transgre-

siones, nuestra condición, como polvo».

Todas éstas son cosas con las cuales estamos familiarizados y expresan la conciencia de la fragilidad, el riesgo y el peligro humanos; no obstante, la impresión que recibimos al leer el salmo no es en cuanto al hecho mismo de estas cosas, sino a la relación que el hombre guarda con tales experiencias por medio de la actividad de Dios. De principio a fin, se celebra la victoria sobre tales cosas, por medio de la gracia divina.

La voz del salmista

En el primer tiempo de este salmo, como ya hemos dicho, solo un hombre es el que canta. En el curso de él, el nombre de Jehová se menciona dos veces, y ligado con él, un pronombre relativo «quien», o «el que», que ocurre cinco veces. El nombre indica la Persona a quien el salmista se está dirigiendo; y la repetición del pronombre «quien» revela las razones de la alabanza.

*«Bendice, alma mía, a Jehová,
y bendiga todo mi ser su santo nombre.
Bendice, alma mía, a Jehová,
y no olvides ninguno de sus beneficios.
Él es quien perdona todas tus iniquidades,
el que sana todas tus dolencias;
el que rescata del hoyo tu vida,
el que te corona de favores y misericordias;
el que sacia de bien tu boca
de modo que te rejuvenezcas
como el águila».*

Es interesante notar que el salmista estaba hablando consigo mismo, y hablando acerca de Jehová. Se estaba exhortando a alabar y a adorar a Jehová, y dio las razones para ello.

Al considerar la primera invocación: «*Bendice, alma mía, a Jehová*», es necesario recalcar el significado de la palabra «alma». La palabra así traducida aquí es la palabra hebrea *nepshesh*. Cuando hablamos en nuestros días del alma, lo hacemos con mucha frecuencia refiriéndonos al espíritu; pero la palabra hebrea significa mucho más.

Si la examinamos cuando se usa por primera vez en Génesis 2, tendremos más luz acerca de su significado. El hombre surgió hecho de polvo y deidad, por la mano creadora de Dios; y se dice que cuando Dios sopló aliento de vida, se convirtió en «alma viviente», esto es, *nepshesh*. Así, la palabra se refiere a toda la personalidad, por consiguiente, el salmista estaba invocando la suma total de su ser, para adorar a Jehová. Luego, reconociendo que dentro de la unidad de la personalidad hay diversidad agregó: «*Y bendiga todo mi ser su santo nombre*».

De esta manera, en el salmo que estamos considerando, un ser viviente estaba exhortándose en la totalidad de su personalidad, dentro de la armonía de cada elemento diferente de la personalidad, a bendecir a Jehová.

Conocer a Dios es sentirse impulsado inevitablemente a adorarle; aquellos que no le adoran, es porque no le conocen.

Ello constituye una revelación perfecta de la verdadera actividad de la adoración. En tal acto, los diversos elementos de la personalidad formando una sinfonía, adoran. Y es así como en el llamamiento del principio, la unidad del ser se dirige a la diversidad de fuerzas, y las llama a una coordinación perfecta, con el fin de adorar.

Razones para la alabanza

Se dan las razones para tal adoración, introducidas por el «*quien*», que relaciona el pensamiento con la persona de Jehová, la primera de ellas es: «*Quien perdona todas tus iniquidades*».

1. La purificación moral

La primera razón para adorar, y siempre es la primera, es la de la purificación moral. Aquí es donde comienza siempre la actividad de Dios en favor del hombre pecador. Este hecho es recalado en muchos de los salmos, y tal vez de una manera notable en el salmo 32, al cual posiblemente puede referirse.

2. La sanidad de las dolencias

La segunda razón se expresa en la frase: «*...el que sana todas tus dolencias*». La palabra «*todas*» indica que no solo se hace referencia a las dolencias del cuerpo, sino también a las del espíritu y de la mente. Todo lo que hay en la personalidad que reclame salud, solo puede encontrarse por medio de la actividad de Dios.

La enfermedad es frustración, tanto física, como mental y espiritual. El salmista declara aquí que es Jehová quien sana toda dolencia, de donde el significado sencillo de esto es que en todo lugar donde hay salud, es Jehová quien la proporciona.

3. Sustento y preservación de la vida

La siguiente razón está expresada con las palabras: «*Quien rescata del hoyo tu vida*». La palabra «*rescata*» significa aquí, *preserva*; no es tanto la idea de hacer volver la vida del reino de la destrucción, sino de defenderla de ese reino. Encontramos la misma idea en el salmo 23: «*Confortará mi alma*», frase que traducimos, para su mejor interpretación así: «*Él renovará continuamente mi personalidad*». Así pues se celebra el perpetuo sustento y preservación de la vida, por medio de la acción de Jehová.

4. Coronación de la vida por el amor

Y de nuevo: «*El que te corona de favores y misericordias*». Esta es una

declaración muy general, pero grande, ya que muestra a la vida preservada de la destrucción, y coronada con toda la ternura de las misericordias divinas.

5. La satisfacción de la vida en sus deseos más profundos

Por último llegamos a las palabras: «*El que sacia de bien tu boca*». Aquí hacemos un alto en la palabra «boca». Las notas marginales de las versiones revisadas dicen: «tus años»; o «tu plenitud de vigor». La palabra «boca» no es satisfactoria. Si leemos «plenitud de vigor», tenemos que preguntar qué se quiere decir exactamente con eso. Se hace entonces referencia, incuestionablemente, a la fuerza y gloria centrales de la personalidad. En este sentido, tal vez sea permisible la palabra «boca», si representa el clamor para ser alimentado, el cual a su vez expresa deseo.

Creo que en este término, «deseo», tenemos la mejor interpretación del pensamiento hebreo. Es siempre la cosa más grande y céntrica de la personalidad. No la inteligencia, que es valiosa y necesaria; no la emoción, que es gloriosa e inevitable; no la voluntad, que es central y decisiva; sino esa conciencia que resulta de la inteligencia apelando a la emoción y dirigiendo la voluntad; esto que solo puede ser expresado por la idea de deseo, o la conciencia de necesidad que demanda ser atendida. Esto, dice

el salmo, es lo que Jehová satisface con bien.

Resumiendo, entonces, diremos que la personalidad es llamada a ofrecer su alabanza a Jehová por razón de la purificación moral, de la sanidad de las dolencias, de la preservación de la vida de las fuerzas destructoras, de la coronación de la vida por el amor, y de la satisfacción de la vida en sus deseos más profundos.

Un coro de alabanza

La segunda división de este salmo se distingue por declaraciones generales con pronombres en plural, y constituye, como hemos dicho, un coro. Hay en él cuatro tiempos, y se dan cuatro razones para la alabanza en conjunto. Están indicados por el empleo del nombre de Jehová, cuatro veces.

La primera razón es que se tributa alabanza, porque *Jehová gobierna*, y la encontramos en los versículos 6 y 7, particularmente en la frase: «*Jehová es el que hace justicia*»; frase que señala realmente dos hechos: primero, que su gobierno es justo; y segundo, que es real. Dios no hace leyes únicamente, sino que las aplica. Además, una cualidad especial en el gobierno divino es su cuidado por los vejados y oprimidos.

La segunda razón para alabar a Jehová, es por *su paciencia*; porque él es misericordioso y clemente, len-

to para la ira; porque su misericordia es tan grande como la altura de los cielos sobre la tierra; porque aleja de nosotros nuestras rebeliones cuanto está lejos el oriente del occidente.

La tercera razón, en los versículos 13 al 16, es por *su compasión*. Es aquí donde se compara a Dios con un padre. Es muy hermosa la declaración: «*Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo*». A menudo olvidamos el hecho de la fragilidad inherente. Dios nunca lo olvida, y todos sus actos hacia nosotros son afectados por este recuerdo. Y la última razón para alabarle en coro es por *las mercedes* que de él recibimos.

La alabanza universal

Llegamos así al último gran tiempo que comienza con la declaración: «*Jehová estableció en los cielos su trono; y su reino domina sobre todos*». En tales palabras se reconoce la soberanía del Dios de la gracia, y en vista de ello, se llama a los ángeles a unirse en la adjudicación de la alabanza. Y más adelante, a los ministros de Dios. Por supuesto, puede esto referirse a los ángeles, pero se incluye a otros seres además de los que ya tenemos conocimiento.

El llamamiento intenta incluir todo lo que hay en el universo, que de alguna manera cumple con la palabra, y hace lo que a Dios agrada, en la celebración de Su gracia y gobierno. Por

último, sintiendo que todavía pudiera haber música no expresada por seres inteligentes, el salmista llama a la Naturaleza, a todos los seres animados e inanimados, para unirse en la alabanza. «*Benedicid a Jehová, vosotras todas sus obras, en todos los lugares de su señorío*». Cesa de pronto el coro; y el salmista termina, de pie en medio del universo sonoro, con la expresión: «*Bendice, alma mía, a Jehová*».

Todo este salmo expresa y recalca una verdad: Conocer a Dios es sentirse impulsado inevitablemente a adorarlo; aquellos que no le adoran, es porque no le conocen.

El salmo nos enseña, además, en su método mismo y en el movimiento que sigue, que la adoración individual está a tono con el infinito. Donde quiera que adoramos a Dios en espíritu y en verdad, estamos en armonía con toda la creación, unida para bendecir el nombre santo de Aquel que se sienta sobre el Trono.

Cerramos nuestra meditación trayendo a la memoria la frase con la cual se abre el salmo; la que nos enseña que la adoración no es involuntaria, ni automática; sino que requiere preparación y coordinación de todas nuestras fuerzas. El santuario, nunca es un lugar de siesta. «*Bendice, alma mía, a Jehová*».

De Los Grandes Capítulos de la Biblia

Administrando las finanzas

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica.

Watchman Nee

“Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir” (Luc. 6:38).

La forma cómo los cristianos administran sus finanzas difiere totalmente de la manera de los incrédulos. El camino cristiano es dar; el de los incrédulos, acumular.

Nuestra preocupación ahora es saber cómo un cristiano debe vivir en la tierra sin padecer necesidad. ¿Dios no nos ha prometido esto? Así como las aves del cielo no carecen de sustento o los lirios del campo de bellas vestiduras, los hijos de Dios no deben sufrir necesidades.

Si alguien está necesitado, debe haber una fisura en alguna parte. Por lo general, los hermanos que tienen problemas con sus ingresos son aquellos que no logran manejar sus finanzas conforme al principio de Dios.

Dios provee

¿Cómo debe manejar sus finanzas un cristiano? Lucas 6:38 dice: «Dad, y se

os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir».

Como creyentes, buscamos en Dios toda nuestra provisión. Vivimos solo por su misericordia. Los ricos no pueden depender de su fortuna para su alimentación y vestuario. En tiempos de guerra, hemos visto mucha gente rica careciendo de ambas cosas. Pablo nos exhorta a no poner nuestra esperanza en la incertidumbre de las riquezas, ni a estar deseosos de enriquecernos, pues eso nos traerá muchos dolores (1 Tim. 6:7-10, 17-19). Solo aquellos que depositan su confianza en el Señor, aunque no tengan ningún ahorro, estarán libres de apremios.

El Señor bien puede suplir todas nuestras necesidades. Pero es nece-

sario saber que la provisión de Dios tiene consigo una condición. Si Dios puede alimentar a tantas aves del cielo, él ciertamente puede apoyarnos.

Nadie sino Dios puede sustentar a todas las aves del cielo y vestir a los lirios del campo. Solo él tiene la sobreabundancia de riquezas para proveer a las aves y a los lirios, así como a sus propios hijos. Él no quiere que estemos en circunstancias tan restringidas que apenas podamos vivir.

Quien haya caído en privación no ha administrado sus finanzas según el principio de Dios. Dios ha diseñado una manera para que usemos nuestros recursos económicos.

Si no seguimos esta ley, naturalmente caeremos en la pobreza. Solo siguiendo sus normas seremos guardados de la miseria. Si es necesario, Dios está dispuesto a suplir con creces nuestras necesidades. Nunca pienses por un momento que él es pobre. El ganado sobre mil colinas es suyo; todas las cosas le pertenecen. ¿Por qué los hijos de Dios habrían de ser pobres o deberían padecer necesidad?

Dios no es alguien que no puede proveer. Es seguro que puede. Pero hay una cosa que debemos hacer: debemos cumplir su condición antes de que él nos suministre. ¿Cuál es, entonces, su requisito? «*Dad, y se os dará*».

La buena medida

Los nuevos creyentes necesitan aprender esta lección básica desde el inicio de su vida cristiana. De lo contrario, no podrán avanzar mucho. Los cristianos tienen una manera especial de gestionar sus finanzas: dar lo que quieran recibir. En otras palabras, mide tus ingresos de acuerdo a lo que tú das. El mundo mide el dar según sus recursos, pero nosotros los cristianos medimos nuestros ingresos dando. La medida que demos será la que recibimos. En consecuencia, todos los que aman el dinero y regatean en dar no están aptos para recibir dinero de Dios, y no obtendrán la provisión divina.

Nos gusta decir a los hermanos y hermanas que todos debemos mirar a Dios para la administración de nuestras necesidades. Pero, en realidad, Dios solo tiene el compromiso de suplir a aquellos que están dispuestos a dar. El texto de Lucas es realmente maravilloso. Dice: «*medida buena*». Cuando da, Dios nunca calcula. Él siempre da con liberalidad.

Nuestro Dios es muy generoso; su copa siempre se desborda. Él no es mezquino. Él declara que dará con buena medida: «*apretada, remecida y rebosando*». ¿Alguna vez has comprado arroz o trigo? Muchos vendedores vierten el grano fuera de la medida, y no te permiten remecerlo.

Si los hijos de Dios aprenden a dar, Dios realizará milagros en todas partes; si ellos se aferran al dinero, empobrecerán.

No es así con Dios. Él dará con buena medida, no solo apretada y remecida, sino también rebosando.

Verdaderamente nuestro Dios es muy liberal en dar. Sin embargo, oigamos lo que él dice: «...porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir». Si tu dádiva es calculadora y exigente, entonces, cuando Dios mueva a las personas para abastecer tu necesidad, aquella provisión será también estrictamente medida o calculada.

La manera cristiana de gestionar las finanzas

La manera cristiana de administrar los recursos es no retener el dinero en las manos. Cuanto más firmemente lo retenemos, más muerte nos traerá. Tal dinero se volverá inútil y se derretirá como hielo. El dinero es acrecentado solo al darlo. Si los hijos de Dios aprenden a dar, Dios realizará milagros en todas partes; si ellos se aferran al dinero, empobrecerán.

Los creyentes nuevos deben aprender esta lección. Ellos no deben con-

formarse solo con ser salvos; deben aprender a experimentar la bienaventuranza de ofrendar. Dios no puede confiar en alguien que se aferra al dinero y no lo da, porque tal persona es poco fiable. A quien más da, más Dios le dará a él.

1. Siembra para Dios

«Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará» (2 Cor. 9:6). Esta Escritura también se relaciona con la forma cristiana de administrar las finanzas. Los creyentes dan dinero, pero no lo tiran. No es aquel que lo desperdicia el que recibirá más; tampoco el que lo derrocha menos, recibirá menos.

Lo que Dios dice es que quien siembra generosamente cosechará con abundancia, y también el que siembra escasamente cosechará poco. ¿Esperas que tu dinero aumente? Entonces, anda y siémbrale. Si lo siembras, crecerá; de lo contrario, permanecerá inalterable.

2. Ofrendando para Dios

La palabra de Dios con respecto a las necesidades es muy clara en el Antiguo Testamento: «Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y

derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde» (Mal. 3:10), dijo el Señor al pueblo de Israel. Esto confirma el mismo principio que ya hemos explicado.

3. Dando generosamente por Dios

«Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza» (Prov. 11:24). Muchos no reparten, por lo cual no tienen nada. Pero los que reparten se hacen ricos delante de Dios. Esto también nos es mostrado por la palabra de Dios.

4. Gastando para Dios

Hay otro evento maravilloso del cual podemos tomar nota. En 1 Reyes 18, cuando Elías oró por lluvia, la nación estaba sufriendo bajo una gran sequía. El rey y su mayordomo estaban buscando agua. La falta de agua era evidente. Sin embargo, cuando Elías ofreció sacrificio y oró por lluvia, les ordenó verter agua abundantemente sobre el holocausto.

Cuán preciosa era el agua en ese momento; sin embargo, Elías les hizo derramar agua tres veces sobre el sacrificio hasta que corrió alrededor del altar y llenó la zanja. Teniendo en cuenta el hecho de que la lluvia del cielo aún no había descendido, ¿no era un desperdicio verter tanta agua? ¿Y si la lluvia no llegaba? Pero Elías les mandó derramar el agua.

Él se arrodilló y oró para que Dios enviara fuego que consumiese la ofrenda en el altar. Dios oyó esa petición y también su oración por la lluvia. Déjame decirte, si quieres que el cielo envíe una gran lluvia, primero debes verter toda tu agua. Si tú la ahorras, nunca obtendrás el agua del cielo.

5. Suplidos por Dios

«Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Flp. 4:19). Sin duda, este es un versículo maravilloso. Los creyentes de Corinto no daban generosamente como los santos en Filipos. Una y otra vez, los filipenses habían enviado ofrendas al apóstol Pablo. Pablo, a su vez, les respondió que su Dios proveería para todas las necesidades de ellos según sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.

¿Ves la maravilla del verso? Pablo menciona especialmente: «Mi Dios», es decir, el Dios de quien recibió la ofrenda. Pero, ¿no habían sido los filipenses quienes enviaron dinero a Pablo? «Mi Dios suplirá». Él proveería a aquellos que habían favorecido a Pablo; era el Dios del beneficiario quien supliría las necesidades de los donantes de aquella ofrenda.

Hoy en día, muchos tratan de aferrarse a Filipenses 4:19. Sin embargo, ¿podemos ver aquí que Dios suplirá a los que ofrendan y no a los que pi-

den? Solo los donantes tienen derecho a utilizar este versículo; aquellos que no dan no tienen acceso a tal privilegio. Después de dar a los demás, tú puedes decir: «Oh Dios, suple hoy todas mis necesidades conforme a tus riquezas en Cristo». Dios suplió todas las necesidades de los filipenses, pues él provee basándose en el principio de dar.

El camino de un cristiano

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento establecen la misma enseñanza. Dios no quiere que seamos pobres ni que pasemos necesidades. Si hay estrechez y angustia entre nosotros, es posible que nos hayamos apegado fuertemente a nuestro dinero. Cuanto más nos amemos a nosotros mismos, más hambrientos estaremos.

Si no se resuelve la cuestión del dinero, ninguna otra cosa se resolverá. La amenaza de la pobreza está cercana a todo aquel que ama el dinero. Es posible que yo no pueda testificar de otras cosas, pero de esto puedo dar testimonio: cuanto más se aferra

alguien al dinero, más pobre se volverá. Debemos liberar nuestro dinero, permitiendo que él circule operando milagros para Dios.

El ganado sobre mil colinas y las ovejas en diez mil colinas, todos pertenecen a Dios. ¿Quién sino un necio podría pensar que debe ganárselos? Lo único que necesitamos hacer es llevar todo lo nuestro a Dios. Necesitamos liberar el dinero tan pronto como llegue a nuestras manos. Debemos cuidar de los hermanos y hermanas necesitados. Acumular para nosotros mismos es necesidad. El camino de un cristiano consiste en dar. Que todo el dinero en la iglesia sea un recurso activo. Entonces, cuando tengamos necesidad, Dios hará milagros, incluso enviando a las aves del cielo para suplirnos.

Ponte tú mismo bajo la palabra de Dios, o él no tendrá forma de hacer real su palabra en ti. Primero, debemos darnos nosotros mismos a Dios, y luego dejar fluir el dinero, para que Dios nos supla.

Traducido de *Spiritual Exercise*, Chapter 29
Christian Fellowship Publishers

Descansando sobre seguridades

A Faraday, el famoso físico, un hombre de gran talento, le preguntaron cuando se hallaba cerca de la muerte: "¿Cuáles son sus teorías ahora?". "Teorías no tengo; estoy descansando sobre seguridades", replicó, citando luego este versículo: "Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día" (2 Tim. 1:12).

Samuel Vila

FAMILIA

Las deficiencias del amor humano al enfrentar las vicisitudes de la vida familiar.

El amor de Dios en la familia

Marcelo Díaz

“Luego la aborreció Amnón con tan gran aborrecimiento, que el odio con que la aborreció fue mayor que el amor con que la había amado. Y le dijo Amnón: Levántate y vete” (2 Samuel 13:15).

El ser humano es muy complejo; las relaciones humanas son complejas. La misma relación matrimonial no es algo fácil; es algo que hay que cuidar.

El vínculo con los hijos tiene también sus complejidades desde la infancia. Y cuando los hijos se casan, los padres dicen: «Yo pensé que ahora iba a descansar, pero la tarea continúa». Y luego viene la relación con los nietos, que aparentemente se disfruta más; pero allí también hay una complejidad y una responsabilidad.

El tema es complejo porque somos seres complejos, rodeados de debilidad. Nuestra humanidad se refleja siempre en las relaciones humanas. Por eso, hoy más que nunca, los creyentes necesitamos el socorro del Señor para tener relaciones equilibradas de una manera justa, no solo delante de nuestros ojos, sino delante del Señor.

Una escena descarnada

El relato del pasaje que podemos leer en 2 Samuel 13:1-19 llama mucho la atención por la fragilidad humana que allí se expone. Es la historia de dos jóvenes, Amnón y Tamar, ambos hijos de David. El relato es un texto tosco, duro, cruel y doloroso, porque encarna una situación de cómo es el amor humano.

Es una escena cruda, que narra el amor obsesivo de Amnón por su media hermana Tamar, y la forma engañosa en que él la violenta y luego la abandona tras lograr su propósito.

Lo que destaca de este pasaje es que él refleja fielmente la manera cómo podemos llegar a amar los seres humanos, pretendiendo creer que la persona o el objeto amado son un medio para poder satisfacer nuestra propia alma.

Peligros del amor humano

Los psiquiatras dicen que el ser humano, por constitución, nace con una herida narcisista, con algo que sangra y que él intenta sanar. Cuando el hombre va creciendo, intenta amar, buscando satisfacer y sanar aquella herida, ya sea por medio de personas, de cosas o de proyectos. Y es lo que la Escritura llama idolatrar algo, crear ídolos; en este caso puntual, establecer ídolos en personas o en relaciones.

Las relaciones que tenemos con nuestros cónyuges, con nuestros hijos o nuestros nietos se traducen en un amor natural realmente sorprendente. Así ocurre, por ejemplo, cuando nace un hijo: algo surge del ser humano por amar a ese bebé. O cuando usted conoció a la que llegó a ser su esposa: esa cosa natural, que surge, y que sin duda es algo puesto por Dios.

Sin embargo, cuando aquel amor natural, humano, se interpone a la voluntad de Dios, puede llegar a ser una gran desgracia. El amor por la esposa o el esposo, el amor por los hijos, por los nietos o por nuestros parientes, puede llegar a ser una gran desgracia, no solo para nosotros, sino que puede aun constituirse en un gran enemigo de la voluntad de Dios.

El mismo Señor Jesús dijo: *«El que ama a padre o madre más que a mí,*

no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí» (Mat. 10:37). En muchas oportunidades, él irrumpe en nuestros afectos de familia, exigiendo el primer lugar. Pareciera contradictorio, porque a los varones se nos dice: *«Amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia»* (Ef. 5:25).

El lugar del Señor

Por tal motivo, los creyentes, como hijos de Dios, debemos saber ajustar o doblegar nuestros sentimientos, poniéndolos siempre bajo la voluntad de Dios. Cuando los ponemos en forma paralela a la voluntad de Dios, o ignoramos el lugar que le corresponde solo al Señor, el amor de madre, por ejemplo, por muy legítimo que sea, se transformará en una desgracia para su hijo.

Sabemos que esto es real. Cuántas veces los padres se interponen a la voluntad de Dios para los hijos de una manera sorprendente. Los hijos se sienten comprometidos afectivamente, y a veces, en vez de hacer la voluntad de Dios, se sienten forzados a hacer la voluntad de la madre o del padre terrenal, por esa fuerza llamada amor.

Nosotros, los creyentes, debemos cuidar eso en nuestras relaciones humanas. Es claro que el amor es inmenso en dos personas que se casan delante del Señor y se comprometen

a dedicarse exclusivamente el uno al otro. Cuando oímos a los jóvenes hacer votos, son expresiones maravillosas. Sin embargo, eso tiene un lugar reservado, que se ubica bajo la voluntad de Dios, y no puede usurpar el trono que le corresponde al Señor. Debemos cuidar y velar para que eso sea así.

Parece poco romántico decirle a la novia o a la esposa: «Yo te amo, pero amo más al Señor», pero es algo que hay que creer y confesar. Es natural amar a los hijos. Sobre todo las madres, que los han llevado en su seno, y cuando alguien los toca, saltan en defensa de ellos como leonas.

Es increíble lo que conmueve las entrañas el amor de una madre por su hijo. Pero nosotros, los padres creyentes, necesitamos hacer este ejercicio de entregar nuestros hijos al Señor día tras día, de corazón, porque no son nuestros, y porque amamos al Señor sobre todas las cosas.

Quien no hace este ejercicio, padecerá aflicción. Querrá proyectarse en ellos, querrá tener un lazo de comunión permanente, pero los hijos se van, y eso es lo correcto. Y querrán manipular las relaciones, y esto acarreará malas consecuencias a la vida familiar.

Un sentimiento fugaz

Las relaciones humanas son en extremo complejas. Es posible que esto

suenen poco fino, pero el gran amor de mi esposa no satisfará mi corazón. Y yo sé que el amor que le tengo a ella no va a satisfacer su corazón. Eso es verdad. Yo no pretenderé creer que mi esposa va a satisfacer absolutamente todo en mi vida. Y aunque puedas decir eso como algo romántico, como una expresión de amor, no es así.

Los psicólogos han estudiado el enamoramiento, esta etapa tan bonita del matrimonio. Y antes de eso, el noviazgo, es un tiempo de mucho disfrute. Es bueno que sea así, Dios lo hizo así; él nos dio este regalo. Pero eso, según los psicólogos, dura unos dos años. Después, el amor pasa a otra etapa. Si no se trabaja, se debilita; si se cultiva, madura, pasando a una calidad distinta de amor, y así se va desarrollando.

Todos sabemos que es así. Por lo mismo, no podemos pretender creer que eso nos va a satisfacer en plenitud. Solo Cristo satisface al ser humano absoluta y completamente. Así que pintarles a los novios una escena ideal, es un error. Hay que decirles la verdad, porque así llegarán con expectativas más reales. Tomemos algunos ejemplos de las Escrituras para seguir esta línea de las relaciones humanas.

En Génesis capítulo 4, al hablar de la primera familia, hay una complejidad en la relación de padres a hijos. No-

Los padres creyentes necesitamos hacer este ejercicio de entregar nuestros hijos al Señor día tras día.

sotros amamos a nuestros hijos. La Escritura nos dice que los hijos son el tesoro del Señor. Es una cosa maravillosa pensar que lo que Dios nos ha dado son su herencia.

Cain y Abel

Aquí está la primera experiencia de relaciones humanas de padres e hijos. ¿Cómo lo hicieron estos primeros padres? Por el relato bíblico, pareciera que Caín fue un niño consentido, amado con amor humano, un niño idolatrado, que tenía grandes expectativas de los padres. Él fue criado de una manera permisiva, en un contexto de exceso de amor, con las consecuencias que ya conocemos.

A la serpiente, el Señor le dice: *«Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar»* (Gén. 3:15). Entonces, Adán y Eva se unieron pensando que de ellos iba a salir alguien muy especial: el Salvador, el Hijo de Dios prometido. Así que las expectativas de este niño eran tremendas.

Algunos dicen que el nombre *Cain* significa «posesión». O sea, éste iba a poseer todo.

Los primeros hijos reciben el amor de todo el mundo, y a menudo son muy mañosos y consentidos. Los padres no escatiman esfuerzos por darles todo. Este es el amor humano desequilibrado frente al trono de Dios, que pasa por alto la voluntad divina, sin considerar qué es lo que quiere el Señor para ese niño. Y no percatamos que estamos haciendo un mal terrible a ese niño.

Algo similar ocurrió con estos dos hijos. *«Conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y dio a luz a Caín, y dijo: Por voluntad de Jehová he adquirido varón»* (Gén. 4:1). Aquí hay una expresión de satisfacción. Pareciera algo espiritual muy bonito, pero hay algo humano muy potente allí, una proyección humana. La ligadura que tiene una madre con su hijo es tremenda.

El riesgo del favoritismo

Pero aquí hay un dato interesante. *«Después dio a luz a su hermano Abel»*. Pero Eva no dice nada. Aquí hay una pista, una sospecha; algo ocurre en esta familia. Pareciera que la balanza está inclinada a un lado, y esto es un error grave: uno de los hijos pasa a ser favorito de su padre. No hay cosa que cause más dolor en los hijos que la injusticia y el desequi-

libro de los padres en torno a sus hermanos.

Cuando los padres se inclinan más por uno que por otro, esto provoca rivalidad entre los hermanos, incitando a la competitividad y todos los sentimientos asociados a eso. Es cuestión de revisar nuestra propia historia familiar. El amor humano trae consecuencias dolorosas, pues pasa por alto la voluntad de Dios.

El amor humano dice: «Yo te quiero». ¿Qué está diciendo? Él quiere algo. «Yo te quiero, yo te necesito». Está pensando en el bien propio, no en el bien del otro. «Te necesito». O sea, ama porque necesita, porque todos nosotros necesitamos ser amados y llenar nuestro corazón con afecto de otro.

Detrás de las patologías humanas, existe mucho desamor para aquellas personas. Entonces decimos: «Hay que entender a tal persona, porque tiene una historia de vida terrible». Y claro, uno entiende el comportamiento humano, porque hay situaciones dolorosas, de soledad, de abandono. Y gran parte de nuestra personalidad se debe, en principio, a las primeras relaciones de la infancia.

Un problema de desequilibrio

Aquí tenemos una familia desequilibrada por uno de sus hijos. «*Y aconteció andando el tiempo, que Caín trajo del fruto de la tierra una ofren-*

da a Jehová. Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante» (v. 3-5).

Aquí vemos las consecuencias de su crianza. Caín fue un niño al cual nunca se le negó nada; por tanto, no toleraba la frustración. Entonces, cuando no se le daba algo, hacía un berrinche, y los padres corrían a atenderlo. Entonces, él no logró resistir ese sentimiento.

Siendo ya grandes, ambos hermanos se enfrentan al llevar sus ofrendas delante de Dios. Por el libro de Hebreos sabemos que el Señor recibió la ofrenda de Abel, no porque Dios sea injusto, sino porque, como un buen Padre, quería enseñarles la vida espiritual a Caín y Abel, sus hijos.

Abel puso fe en su ofrenda. «*Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín»* (Heb. 11:4). Tal vez Abel vio al Señor, educó su vida en la angustia, en la soledad, en el abandono de tener siempre el segundo puesto; tuvo tiempo de reflexionar, de tomar la cruz, y se fue tomando del Señor, creyendo.

En vez de llenar su vida de amargura y de ira, Abel obró bien, y quizás, cuando llegó delante de Dios, se pre-

sentó con absoluta debilidad, porque él sabía lo que era. Y presentó su ofrenda viendo a Cristo por la fe. Entonces Dios vio ese corazón, y dijo: «Caín, de esta manera debes traer tu ofrenda». Pero Caín no lo toleró, porque no había sido preparado para eso.

¿Qué ocurre a un hijo consentido? Cuando ya crezca y las hormonas le llamen, cuando quiera tener una sexualidad libre, la tendrá, porque nadie le dijo que no, y él no puede gobernarse a sí mismo. Porque cuando niño no soportó que le dijeran: «Hijo, no tomes eso». Lo dejaron hacer, y lo hizo. No tiene barreras, no tiene contención, no tiene límites. Y como no los tiene, todo lo que quiere es de él.

Entonces Caín se llenó de ira. ¡Qué terrible es este pasaje! *«Entonces Jehová dijo a Caín: ¿Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu semblante? Si bien hicieras, ¿no serás enaltecido? y si no hicieras bien, el pecado está a la puerta; con todo esto, a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él»* (v. 6-7).

Aquello era como un berrinche, y miren cuán amoroso es Dios enseñándole. «Hijo, cuando venga esta situación a tu corazón, ten cuidado, porque el pecado está cerca. Pero aun así, tú tienes la capacidad de decir que no. Tienes la capacidad natural, dada por mí, para manejar esto y de-

jarlo fuera de la casa. El pecado no se enseñoreará de ti si tú no quieres». Dios le da la responsabilidad a Caín.

Y esto es horrible. Sigilosamente, se llenó de ira, de envidia y de los sentimientos más perversos. *«Y dijo Caín a su hermano Abel: Salgamos al campo. Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató. Y Jehová dijo a Caín: ¿Dónde está Abel tu hermano? Y él respondió: No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?»* (v. 8-9).

Los hijos consentidos son insolentes. No tienen temor. Si pudiésemos averiguar, en esas marchas donde los jóvenes protestan y destruyen bienes públicos, y viésemos su situación de familia, son niños sin padres, consentidos, sin ninguna barrera, insolentes con las autoridades, soberbios, orgullosos.

Todo ello ocurre porque los padres no hicieron un buen ejercicio respecto de la educación de aquel hijo. Lo amaron tanto, que lo dejaron ser. ¿Y cuál es el producto final? Un hijo deforme, no conformado a la voluntad de Dios. El diseño divino fue trastocado porque los padres no fueron colaboradores de Dios.

Pacto de Dios con Abraham

Otro pasaje: *«Y Jehová dijo: ¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer,*

habiendo de ser Abraham una nación grande y fuerte, y habiendo de ser benditas en él todas las naciones de la tierra? Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él» (Gén. 18:17-19).

¿Por qué Dios sabía? Porque él hizo un pacto con Abraham. Un pacto es diferente a un contrato. El contrato tiene limitaciones. Por ejemplo, un contrato matrimonial puede ser legalmente disuelto. Pero un pacto es distinto, porque en él, las dos partes ponen todo lo que son y todo lo que tienen. Ambos se comprometen absolutamente en todo.

Dios hizo un pacto con Abraham, como diciendo: «Yo pongo todo, y tú pones todo». Y en él iba a bendecir a todas las familias de la tierra. Entonces, le da al hijo prometido. A los cien años, Abraham era un abuelo. Aquel era amor y crianza de abuelo. Abraham amaba a este niño que era heredero de las promesas. Y Abraham era un hombre rico. Todo, todo lo suyo, era para el hijo.

La fe probada

Sin duda, detrás de todo esto está la figura del Señor Jesús. Pero, humanamente, este niño lo era todo para Abraham. Y justamente por eso, Dios

debió trabajar en el corazón de Abraham. E igual como hizo con María, debió poner una espada sobre Abraham. «Una espada traspasará tu alma». Dios interrumpió el curso de este amor, para equilibrar el corazón respecto de su heredero, para intervenir en el amor humano, para que fuese un amor divino, un amor sujeto a la voluntad divina.

«Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham, y le dijo: Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré» (Gén. 22:1-2).

Dios necesitaba validar el pacto, pidiéndole a Abraham todo ahora. Era más que la vida y las riquezas de Abraham. Todo. «Todo es tu hijo; dámelo». ¡Qué cosa más terrible! «Tu hijo... tu único... a quien amas». Era necesario hacer esto. ¿Por qué? Porque Dios se jugaba todo en Abraham y en este hijo. Y si el amor humano de Abraham superaba su amor por la voluntad de Dios, el proyecto de Dios se iría por tierra.

Entonces Dios probó a Abraham; pero él sabía que su siervo era fiel. Este es un pasaje muy emotivo, especialmente en el diálogo del padre con su hijo. Al parecer, Abraham hizo un buen trabajo con este hijo, porque el niño iba siendo obediente.

Se cree que Isaac tenía allí entre 12 o 16 años. *«Y él dijo: He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto? Y respondió Abraham: Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío»* (v. 7-8). ¡Es terrible imaginar el corazón de aquel padre!

Ahora, de nuevo viene la fe. Abraham fue y lo entregó, *«pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos»* (Heb. 11:19). Esa es la fe. Ese es el amor que Dios demanda de nosotros como padres: entregarle a él nuestros hijos, porque aun cuando les vaya mal, él los levantará aun de las ruinas, porque él es poderoso, y porque su voluntad siempre es buena, aunque aparentemente en ese momento nuestros ojos no lo vean. Si Dios lo prometió, él lo hará.

Dios tuvo que probar el corazón de Abraham. Pero no se queda ahí el relato; más tarde le toca a Isaac. Isaac tiene dos hijos gemelos: Jacob y Esaú. Y aquí vemos de nuevo el amor humano. Isaac tenía su favorito. *«Y amó Isaac a Esaú porque comía de su caza; mas Rebeca amaba a Jacob»* (Gén. 25:28). Esto hacemos nosotros, porque así es el corazón humano.

Rivalidad entre hermanos

Jacob era reflexivo, de apariencia tranquila, pero tenía todo planificado. Y lo primero que hizo fue arrebatarle la primogenitura a su hermano.

Había rivalidad entre los hijos, porque esto es lo que se provoca cuando los padres se inclinan por uno o por otro. Los padres deben considerar esto, y tomar resguardos, para evitar traumas emocionales y cosas que luego cuesta mucho trabajo sanarlas.

Isaac repitió el mismo error de amor. Rebeca la pasó mal con ello, y ella no vio nunca más a su hijo, porque Jacob tuvo que irse de casa, huyendo de la ira asesina de Esaú.

La aflicción de Lea

Jacob tuvo que aprender mucho. Dios tuvo que tratarlo por su suspicacia, sus sospechas, sus manipulaciones. Y aquí se genera otra situación interesante, con una de sus esposas.

«Y vio Jehová que Lea era menospreciada, y le dio hijos; pero Raquel era estéril» (Gén. 29:31). Amor humano, de nuevo, pero ahora ya no amor de padres e hijos, sino amor entre esposos, mal concebido, mal entendido, que desborda la voluntad humana.

«Y concibió Lea, y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Rubén,[a] porque dijo: Ha mirado Jehová mi aflicción; ahora, por tanto, me amará mi marido» (v. 32). Esto es terrible. Ella tratando de satisfacer su corazón con el amor de su marido. *«Mi marido es todo para mí, pero él no me ama»*. Ella comienza a hacer cosas para ganar el amor de su esposo.

«Concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y dijo: Por cuanto oyó Jehová que yo era menospreciada, me ha dado también éste. Y llamó su nombre Simeón» (v. 33). Pero no ocurrió nada. «Y concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y dijo: Ahora esta vez se unirá mi marido conmigo, porque le he dado a luz tres hijos; por tanto, llamó su nombre Leví» (v. 34). Vemos la aspiración, la desgracia y la desazón. ¡Qué horrible es no sentirse amado, y no llenarse con el amor de Dios, entendiendo que solo él satisface el alma y el corazón, y querer llenarlo con ídolos, con amores terrenales!

«Concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y dijo: Esta vez alabaré a Jehová; por esto llamó su nombre Judá; y dejó de dar a luz» (v. 35). Esta vez entendió que ella era para el Señor, que su corazón le pertenecía a él. Recuerden que el Hijo de Dios vino de Judá, de este niño concebido en el amor de Dios, en la alabanza y la adoración, cuando Lea quitó el ídolo de su marido y puso al Señor en primer lugar.

Conclusión

Podríamos ver otros pasajes más, y concluir que el amor humano puede

llegar a ser tan perverso, al extremo de arruinar la voluntad de Dios sobre un niño, sobre una niña o sobre un matrimonio.

¿Por qué fracasan los matrimonios? ¿Por qué fracasamos en la crianza de los hijos? Porque no hemos amado primero al Señor, y nos hemos dejado guiar por la afectividad humana, la cual no es objetiva para discernir las cosas de Dios.

Nos amamos tanto que no le damos lugar al Señor. Entonces, el matrimonio irá derecho al fracaso; porque no está sustentado en el amor divino, impidiendo que la voluntad de Dios opere en nosotros. En la hora de la prueba habrá dolor, pero el egoísmo no soporta el dolor. Las separaciones, al final, son nada más que una expresión del egoísmo humano.

El Señor nos bendiga a todos, y nos salve de nuestro afecto natural, para poner por sobre todas las cosas el amor divino, porque el amor de Dios ubica, rediseña y readecúa el verdadero amor, lo establece y lo eleva a su máxima expresión. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Temuco (Chile), en octubre de 2017.

La fe genuina

Recordemos esto: nuestra fe muestra sus verdaderas dimensiones en la hora de la prueba. Aquello que no soporta el momento de prueba no pasa de ser mera confianza carnal. Fe en tiempo de bonanza no es fe.

C.H. Spurgeon

¿Es el Naturalismo una explicación más simple que el Teísmo?

Naturalismo y Teísmo

Paul Copan*

El filósofo David Papineau declara que, «en nuestros días casi todo el mundo quiere ser «naturalista»¹. Los intelectuales de occidente llaman al naturalismo, la visión «ortodoxa». Carl Sagan describe de forma resumida la doctrina «ortodoxa» del naturalismo: «El cosmos es todo lo que es, o fue alguna vez, o será»².

El universo espacio-tiempo –que podemos estudiar utilizando las ciencias físicas– es todo lo que hay. En vez de apelar a explicaciones «ocultas», «maravillosas», «sobrenaturales», o «teístas», los naturalistas dicen que su visión del mundo es más simple y requiere menos entidades para explicar cómo son las cosas. ¿Cierto? Dios es un agregado metafísico; un simple apéndice «explicativo. Dios, simplemente, no es necesario para explicar cómo son las cosas, porque «la ciencia» es suficiente.

Tres características del naturalismo

Es un cuadro total. Pero, permítanme desmenuzarlo, revisando sus tres características principales:

1. Conocimiento (epistemología): Es una tendencia creciente a considerar el conocimiento como nada más que una contribución a la supervivencia humana y no como lo que se requiere para validar una creencia como verdadera.

Intuitivamente, reconocemos que el conocimiento por definición requiere la verdad. Además, éste demanda que no sostengamos una creencia de manera accidental, sino sobre algún tipo de garantía o base adecuada:

Conocimiento = (i) una creencia que es (ii) verdadera y también (iii) garantizada.

Desarrollemos esto:

* Teólogo cristiano, filósofo analítico, eticista, apologista y escritor. Actualmente es profesor de la Palm Beach Atlantic University (USA). Ha escrito libros en el ámbito de la filosofía de la ética y asimismo en el campo de la filosofía de la religión y la historicidad de Jesucristo. Además es el presidente de la Sociedad Filosófica Evangélica.

La verdad: La verdad se adecúa o corresponde a la realidad. Yo *no puedo conocer* que la tierra es plana. *No puedo conocer* que el sol orbita la tierra. ¿Por qué? Porque estas creencias son falsas; no corresponden a la realidad. *No puedo conocer* que la tierra es plana o que la luna está hecha de queso. ¿Por qué? Porque no es así. Sin embargo, a pesar del sentido común, los naturalistas se ven cada vez más tentados a negar que la verdad sea necesaria para el conocimiento.

No todos los naturalistas asumen esta visión (llamada «epistemología naturalizada»), pero dado el punto de partida del naturalismo, muchos sí lo hacen. No podemos hablar sobre como debiésemos pensar (el rol de la filosofía tradicional), se nos dice. No tenemos obligación filosófica de rechazar tantas creencias falsas como sea posible y abrazar otras porque son verdaderas.

Mas bien, nuestro foco debiese estar en como los seres humanos están pensando realmente («psicología»). Estudiamos creencias cuyo propósito es la supervivencia y no la verdad.

Garantía: Si los naturalistas están en lo correcto, pareciera que somos meros organismos biológicos y que nuestras creencias emergen en nuestros cerebros provenientes de fuerzas físicas más allá de nuestro control. Luego, el que nuestras creencias, que provienen de nuestros instintos

de supervivencia, sean verdaderas (coinciden con la realidad) sería un resultado puramente accidental y no racional. Podríamos creer que los seres humanos tienen dignidad y derechos intrínsecos, y esto nos podría ayudar a sobrevivir como especie, pero esta creencia pudiera ser completamente falsa.

La evolución naturalista está interesada en la supervivencia, no en la verdad. Por esto, el naturalista no puede tener más control sobre sus propias creencias que el cristiano. Es decir, el naturalista no puede pretender ser más racional que otros. Las creencias ateas pueden ser tan aleatorias como las cristianas, debido a que son producidas por fuerzas físicas que están más allá de nuestro control racional. Los seres humanos son, simplemente, seres supervivientes que forman creencias para sobrevivir, incluso cuando estas son falsas.

2. Explicaciones causales (etiología):

Es la tendencia a explicar todos los eventos de manera mecánica (desde el Big Bang hasta las decisiones que tomamos todos los días), lo que implica un tipo de determinismo. La gran historia naturalista de los orígenes afirma que nuestro universo tuvo un comienzo físico, impersonal y mecánico, y que este escenario físico de causa y efecto describe todos los eventos a partir del el Big Bang (incluyendo mis elecciones y creencias).

En consecuencia, la cadena histórica de causas físicas, desde el Big Bang hasta hoy, implica determinismo. No hay espacio para la libertad de elección, que capacita a un agente para levantarse por sobre las influencias puramente físicas.

Podríamos argumentar, inclusive, que nuestros sistemas legales y de encarcelamiento asumen que los seres humanos no están solo «bailando al compás de su ADN,» como dice Richard Dawkins. Tenemos control moral sobre nuestros actos, a pesar de los genes y el medio ambiente. Las causas personales, y no solo las físicas, son parte de la realidad.

3. Las entidades que existen (ontología): El naturalismo se basa en la suposición de que solamente existen las entidades físicas. Es decir que, si algo no es estrictamente físico (por ejemplo, una mente), depende necesariamente de lo físico para su existencia.

Por tanto, en el caso de la mente, ésta cesaría de existir completamente con la muerte. Dios o los ángeles (seres espirituales) no encajan en ninguna parte dentro del radar naturalista de la realidad. Sí, el naturalismo está atado al fisicalismo, para el cual la realidad consiste únicamente en materia.

Este es un breve bosquejo del naturalismo. ¿Qué hacemos con él y su supuesta simpleza?

La Prueba del Trastondo

El naturalismo es un juego de todo o nada. Demanda que desechemos muchas de nuestras creencias de sentido común, tales como la existencia del alma o de la voluntad libre, las obligaciones morales y el mal. Pero ¿Es el naturalismo la mejor explicación disponible?

Sometamos tanto el naturalismo como el teísmo a la «prueba del trastondo», preguntando: ¿Qué cosmovisión explica mejor las variadas características del universo y del fenómeno de la experiencia humana? ¿El naturalismo o el teísmo es el contexto explicativo menos sorprendente dadas dichas características?

Podemos revisar una lista bastante amplia y responder: «Dios... Dios... Dios». El origen y ajuste fino del universo, la aparición de la primera vida y la conciencia, la existencia de la dignidad y los derechos humanos, los valores morales objetivos, el libre albedrío, la racionalidad, la belleza, e incluso, la existencia del mal. En todo esto, la existencia de un Creador poderoso, inteligente y bueno tiene mucho más sentido.

Cabe preguntar: ¿Qué escenario es más plausible?: ¿Que la conciencia procede de la materia inconsciente o de un Ser supremamente auto consciente? ¿Que la identidad personal surgió de procesos impersonales o de

El teísmo ofrece un contexto más natural y menos sorprendente que el naturalismo en cuanto a explicar las características fundamentales del universo y la existencia humana.

un Creador personal? ¿Que el libre albedrío proviene de procesos deterministas o de un Ser que escogió crear libremente? ¿O que, en un tiempo finito hacia atrás, el universo simplemente apareció a la existencia y surgió sin causa de la nada, o bien, que un Ser poderoso lo trajo a la existencia? El naturalismo no nos ayuda realmente en este punto. Al menos, debemos reconocer que «algo hay ahí afuera»; una realidad más allá de la naturaleza y que debiésemos explorar de forma seria.

El teísmo ofrece un contexto más natural y menos sorprendente que el naturalismo en cuanto a explicar las características fundamentales del universo y la existencia humana. Al comparar diferentes contextos, encontramos constantemente que el teísmo tiene más sentido, es más razonable, y ofrece una explicación mejor y más natural que el naturalismo. Adicionalmente, si la gente

pregunta: «¿Por qué el teísmo? ¿Qué ocurre con otras religiones?» Podemos sugerir esto: Si existe un Dios personal, entonces este hecho regiría no solo para el naturalismo, sino también para el budismo, el taoísmo, el jainismo, el confucionismo, el sintoísmo y las diversas versiones del hinduismo. Un Creador personal simplifica inmediatamente las cosas.

¿Es realmente más simple el naturalismo?

Sin embargo, los naturalistas afirmarán que el naturalismo es más simple, porque exige la existencia de menos entidades, es decir, que el cosmos físico es todo lo que hay. El teísta cree en el universo, más Dios (sin mencionar, «más las almas, más las criaturas angelicales»). Pero, Dios parece innecesario: Si el naturalismo explica las cosas ¿para qué traer a Dios a escena? Vamos a ofrecer algunas respuestas.

Primero, debiésemos usar el principio de simplicidad para deshacernos de explicaciones innecesarias, siempre que sea posible. Considere el politeísmo (muchos dioses) versus el monoteísmo (un Dios). Podemos preguntar: ¿Por qué involucrar entidades extra cuando simplemente con una será suficiente? Permaneciendo todo lo demás igual, si un Dios (monoteísmo) es adecuado para la tarea de crear y sostener el universo, ¿por qué involu-

crar una multiplicidad de deidades? No hay razón para multiplicar entidades adicionales más allá de lo necesario. Debido a un principio conocido como la «navaja de Ockham», los dioses extra simplemente se eliminan con base en la simplicidad explicativa. Un Dios es más que suficiente.

Segundo, aunque el ateísmo es teóricamente más simple que el monoteísmo, esto solo es verdad en un sentido numérico (y esta «mayor simplicidad» resulta ser problemática). Como percibimos antes, eliminar a Dios como explicación nos deja con enigmas formidables y también con grandes lagunas en nuestro entendimiento. Es un paso que no mejora en nada nuestro poder de explicación. De hecho, remover a Dios de nuestros recursos explicativos reduce de forma dramática nuestro poder de explicación. El naturalismo es simplemente inadecuado para dar cuenta de un buen número de características del universo y de nuestra existencia humana. El filósofo cristiano Alvin Plantinga observa, correctamente, que el teísmo, o más específicamente la cosmovisión cristiana, «sugiere respuestas para un amplio rango de historias que de otra manera serían intratables»³. Esto significa que, sin Dios, solo nos quedan relatos del tipo «esto es así» (explicaciones del tipo «simplemente así son las cosas»), con respecto a cómo comenzó el universo y llegó a estar finalmente ajustado; cómo llegaron los

seres humanos a tener dignidad y valor; cómo la belleza emergió, cómo la conciencia apareció, etc.

Tercero, si aplicamos el principio «cuanto menos entidades, mejor», entonces, ¿por qué no solo decir: «Ninguna entidad explicativa es mejor que una?». En 1668, Francesco Redi, un científico italiano, intentó demostrar que las larvas no aparecen de forma espontánea en la carne descompuesta, a pesar de la popularidad de dicha creencia. Redi intentó demostrar que las larvas provienen de huevos de moscas. Para probar esta hipótesis, puso una muestra de carne dentro de un jarrón sellado, y dejó otra muestra expuesta al aire, proveyendo acceso a las moscas. Tal como sospechaba, la carne protegida no produjo larvas; la carne expuesta sí lo hizo.

Este hecho nos presenta una interesante pregunta: ¿Por qué no creer en la «generación espontánea», ya que implica la necesidad de menos entidades? Pero, esto sería lo mismo que asumir que un conejo surge realmente a la existencia de la nada cuando aparece repentinamente en el sombrero de un mago. ¿Por qué no pensar que la vida surgió a la existencia a partir de la materia inanimada? O, incluso más, ¿por qué surgió un universo de la nada y no otras cosas (como una manada de elefantes)? Con certeza, aquello que viene de la

nada es «más simple» (es decir, requiere menos entidades) que aquello que viene de algo más.

Sorprendentemente, algunos ateos están dispuestos a aceptar que algo si puede venir de nada, o incluso, que el universo se causó a sí mismo. Por supuesto, esto no nos debiera sorprender, dadas las evidentes implicaciones teístas de la cosmología del Big Bang. Incluso, el filósofo ateo Kai Nielsen concibe correctamente el siguiente escenario: «Supón que oyes un fuerte golpe... y me preguntas qué produjo ese ruido, y yo respondo: Nada, simplemente ocurrió». Tú no lo aceptarías. De hecho, considerarías mi respuesta como bien incomprendible»⁴. Conuerdo. De hecho, la ciencia en sí misma —el terreno que el naturalista dice representar— refuerza la idea de que nada puede salir de la nada. Admito que, numéricamente hablando, es más simple decir que la nada causó que algo llegara a existir, que el afirmar que algo ya existente causó otra cosa. Cero entidades son más simples que una entidad. Pero, explicar eventos sin dar ninguna razón suficiente —«simplemente ocurrieron»— es claramente inadecuado. Basado en el ejemplo de Nielsen, sospecho que si el Big Bang no sugiriera fuertemente la existencia de un Creador, los científicos y filósofos naturalistas no se verían inclinados a sugerir que algo puede llegar a existir, literalmente, a partir de la nada. Las

probabilidades de que algo provenga de la nada son exactamente iguales a cero.

La bancarrota metafísica de la idea de que «algo procede de la nada» no se aplica solamente al origen del universo. Se aplica también al surgimiento de la primera vida, de la consciencia, del valor moral, de la belleza, de la razón, y de una multitud de otros rasgos. Tiene mucho más sentido decir que la vida procede de la vida, la conciencia procede de la conciencia y que los valores morales proceden de un Ser Supremamente valioso.

El filósofo ateo Michael Martin dice que no hay razón para no creer que los valores morales objetivos pudieran estar compuestos de materia⁵. Aquí hay un gran problema. En vano buscaremos un libro de física que indexe «valor moral» en una lista de propiedades de la materia. Después de todo, en otra parte Martin dice creer que el universo pudo emerger ¡literalmente de la nada!⁶ El hecho es que él acepta que el valor emerge, de alguna manera, de procesos carentes de valor. Esta «simplicidad» no parece muy regular o natural. Lo regular, sin embargo, es que «el valor proceda del valor y no de la ausencia de valor.» Si existe un Ser Supremamente valioso, podemos explicar de inmediato la existencia de seres humanos moralmente valiosos. Debemos preguntar y perseguir con pasión la respuesta a esta pregunta:

«Si hay algo allá afuera, ¿se ha revelado (este ser) a sí mismo?». Esta es la pregunta que debiera hacer cualquier genuino buscador de la verdad.

Conclusiones

El naturalismo es «más simple» en cuanto a que involucra menos entidades dentro de su sistema, pero eso no ayuda a dar cuenta del universo y sus características más importantes, ni de los aspectos fundamentales de la experiencia humana. Deshacerse de Dios significa una pérdida importante de poder explicativo. Un contexto teísta nos ayuda a dar sentido a muchas de las principales características del orden creado. Acudir a creencias tales como que *el universo vino de la nada o el universo se causó a sí mismo* es una huida del mismo «método científico» que los naturalistas celebran con determinación.

El teísmo nos guía a una explicación más clara de las cosas, arrojando luz en los lugares oscuros. Como dijo C.S. Lewis, «Creo en el Cristianismo como creo en que ha salido el sol, no solo porque lo veo, sino porque por medio de él puedo ver todo lo demás»⁷.

Fuente: Enrichment Journal

http://enrichmentjournal.ag.org/201201/201201_108_Naturalism.cfm

Traducido por Daniela Valenzuela

Notas

1. David Papineau, *Philosophical Naturalism* (Oxford: Blackwell, 1993), 1.
2. Carl Sagan, *Cosmos* (New York: Random House, 1980), 4.
3. Alvin Plantinga, «Natural Theology,» in ed. Jaegwon Kim and Ernest Sosa, *Companion to Metaphysics* (Cambridge: Blackwell, 1995), 347.
4. Kai Nielsen, *Reason and Practice* (New York: Harper & Row, 1971), 48.
5. Michael Martin, *Atheism, Morality, and Meaning* (Amherst, N.Y.: Prometheus Press, 2002), 45.
6. Michael Martin, *Atheism: A Philosophical Justification* (Philadelphia: Temple University Press, 1990), 106.
7. "Is Theology Poetry?" in *The Weight of Glory* 140.

Resurrección

El huevo de la mariposa no genera un insecto adulto en miniatura, sino una larva que difiere mucho de su madre, no solo por carecer de alas, sino en la forma de su cuerpo, la disposición de sus órganos bucales, la longitud de sus antenas, su modo de vida y su estructura interna.

En este caso, la oruga, cuando es perfectamente alimentada, se vuelve una ninfa pasiva, y dentro de su capullo los órganos de su cuerpo se rompen y son reconstituídos a fin de formar los de un adulto o imago. Esta es una completa metamorfosis, definida principalmente por el hecho de que un periodo de completa inmovilidad interviene entre la vida larval y la vida adulta.

La ilustración es extraordinaria. La oruga representa nuestra vida apegada a la tierra, y finalmente, la mariposa reconstituida representa el cuerpo celestial.

Tomado de la Web

Cartas de nuestros lectores

Gratitud al Señor

Con mucho gozo recibimos la revista Aguas Vivas. Damos gracias a Dios por el envío de las revistas, rogándole os permita continuar adelante en ese hermoso ministerio de predicación del evangelio y edificación del cuerpo de Cristo. Los mensajes nos muestran, por una parte el cumplimiento profético de las Escrituras en lo referente a las señales antes de la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo, y por otra parte nos muestran el rol de la iglesia como luz en la oscuridad y como sal de la tierra. ¡Bendiciones abundantes en Cristo!

Rafael Gómez, Colombia.

Crecimiento y madurez

Qué tremenda esa frase al final de la sección Cartas: “Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios”. No conozco la historia de la revista, pero sin duda, ella trae gloria a nuestro Dios. He compartido muchas meditaciones halladas en sus ediciones, compartidas por instrumentos del Señor muy usados en el crecimiento y madurez del Cuerpo de Cristo. He encontrado en ellas muchos testimonios, parábolas y reflexiones que hemos disfrutado y aprendido. Salu-

dos a todos los que se esfuerzan para ofrecer un fruto pulido a sus hermanos.

Carlos Caballero, USA.

Gesto de amor

¡Con qué fidelidad los hermanos nos envían la revista! Dios nos ha permitido extendernos, trabajando por las casas. En esta labor, ustedes tienen una parte muy importante, pues la revista Aguas Vivas y el mensaje de la palabra de Dios que aparece en ella se está impartiendo a cientos de hermanos y amigos. Gran parte del avance aquí se lo debemos a ustedes. Confiamos que los resultados se puedan ver en la eternidad. Reciban nuestra gratitud por este gesto de amor mantenido a través de los años.

A. Rodríguez, Cuba.

Siempre unidos

Escribo luego de mucho tiempo, en primer lugar para darles las gracias por su amor y fidelidad en enviar la revista. El ministerio de Aguas Vivas ha sido de gran bendición para nosotros por medio de las revistas y de la página web. Saludos a los amados hermanos en Chile. Siempre unidos en el Espíritu y en el amor de Cristo.

Anselmo Avalos, Paraguay.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

N° 89 · Enero - Febrero - Marzo 2018.

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras.